

BOLSILIBROS
BRUGUERA

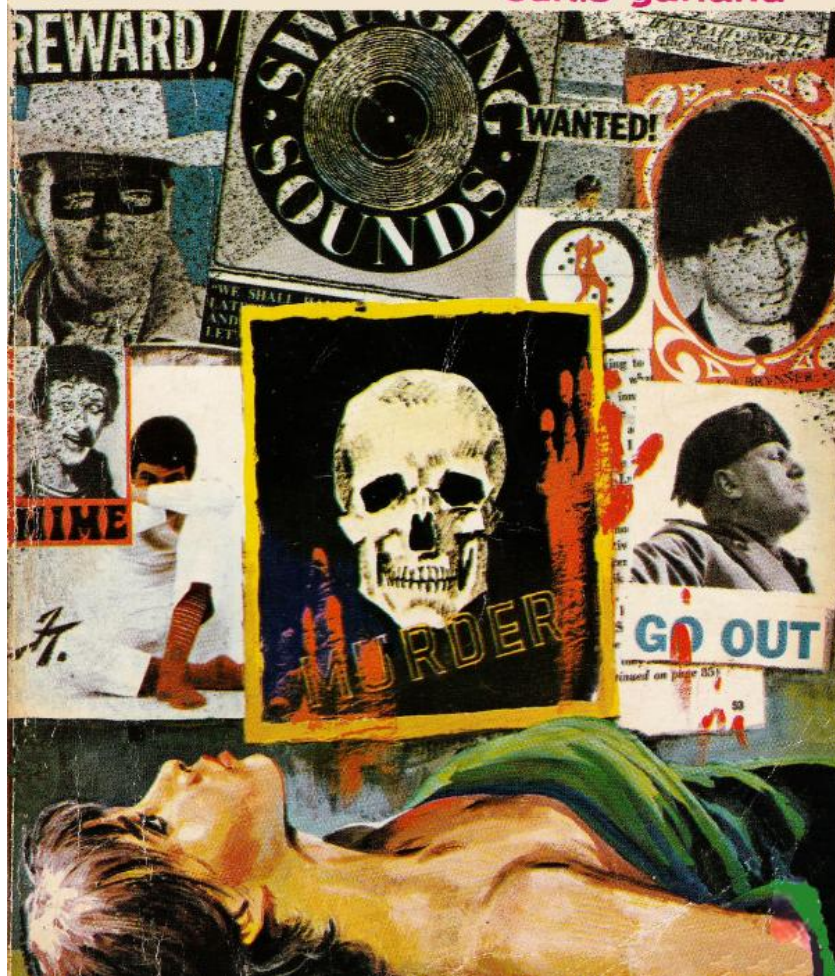
SS

SERIE

SERVICIO SECRETO

el crimen pinta "posters"

curtis garland





SS **SERVICIO SECRETO**



CURTIS GARLAND

**EL CRIMEN
PINTA
«POSTERS»**

**Colección SERVICIO SECRETO n.º
1.090
Publicación semanal
Aparece los MIÉRCOLES**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

Depósito legal B 15.810 - 1971

Impreso en España - Printed in Spain

1º edición: junio, 1971

© CURTIS GARLAND - 1971

sobre la parle literaria

© JOSE TRIAY - 1971

sobre la cubierta

**Concedidos derechos
exclusivos a favor de
EDITORIAL
BRUGUERA, S. A.
Mora la Nueva, 2.
Barcelona (España)**

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1971

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección SERVICIO SECRETO:
1085 — Psicodélico.

En Colección PUNTO ROJO:
476 — Pasaje hasta la noche.

PROLOGO

Pósters...

Empiezan casi a perder actualidad, cuando aún son rabiosa moda entre los jóvenes. Artistas de cine, modernos o antiguos, figuras políticas, cantantes, dibujos animados de Disney, un coche antiguo, el anuncio de un viejo *vaudeville* olvidado...

Eso son *posters*. Carteles para la juventud. Adorno de muchas habitaciones de adolescente. Una moda. Una novedad antigua, de color amarillento por los años. El recuerdo de una velada de boxeo en el Chicago de los «rugientes años veinte», un filme de Chaplin, una *pose* sofisticada de la Garbo; Martin Luther King o los Kennedy, un revolucionario, un filósofo, un pintor, un poeta, un deportista o un personaje de *cartoon* en technicolor.

Posters...

Una afición joven y divertida. Algo banal, sin trascendencia siquiera.

¿Puede significar algo siniestro y terrible? ¿Puede traer la muerte consigo?

Sí. A veces, sí.

La mente humana tiene retorcidos senderos para llegar adonde desea. Sobre todo, la mente de un asesino. Así, la Muerte puede aparecer, descarnada y terrible, en un *póster* inofensivo. El Crimen puede pintar *posters*, y fijarlos macabramente donde alguien ha muerto de modo violento.

El rojo y el negro pueden ser los colores de un *póster* alucinante.

Rojo, de sangre; negro, de muerte...

Así sucedió en San Francisco. Así ocurrió una vez, entre gente

joven y aterrorizada. Un hecho insólito, macabro.

La Muerte en los *posters*. El Crimen poniendo su feo rostro descarnado en la colección de carteles de la juventud.

A veces, hasta una cosa así puede ensuciarse con el odio, la pasión, la ambición humana, los recovecos tenebrosos de un alma humana atormentada.

Este fue uno de los más sorprendentes casos para la Policía Federal de los Estados Unidos.

Este fue el caso de unos sangrientos sucesos en el joven mundo de hoy. En el rabioso mundo joven de nuestra época. Entre música *pop*, entre *posters* y rebeldes *hippies* inconformistas.

Una atmósfera vital, convertida en angustia. Un ambiente juvenil, transformado en cerco de tinieblas y de amenazas oscuras.

El Crimen.

El Crimen, fijando *posters* pintados con sangre.

CAPITULO PRIMERO

Pasó el primer cartel. Tenía una leyenda sencilla y rotunda:

Peace and Freedom.

Luego, la segunda pancarta:

Down to violence. We want peace. Peace for all.

Y otra:

Flowers, love and peace⁽¹⁾.

Y muchas más. Muchísimas más, con términos parecidos: Love, Love and peace, Freedom to all peoples, Never the War...

Algunos llevaban inscripciones más largas, igualmente contundentes en su sentido: «Los *hippies* queremos solamente paz y fraternidad, amor para todos». O bien: « ¿Es la guerra el camino de la destrucción? ¿No? ¿Entonces lo es para el progreso? »

La manifestación era nutrida. Una corriente de seres lanzados a la calle. Pacifistas algunos, posiblemente alteradores habituales del orden otros, mezclados con los que actuaban movidos solamente por sus convicciones, sin llegar a mayores.

Melenas, barbitas ridículas, bigotes frondosos, dignos de honorables comodores y militares de otros tiempos... Pero no había allí nada de eso. Era el clamor por una paz quizá imposible, pero en teoría hermosa. Y por ello tan deseada por todos...

Era la juventud del momento. La que luego, acaso andando los años, terminaría aburguesándose, durmiéndose en la holganza, olvidando esas luchas que sólo la sangre joven puede estimular, que sólo el tiempo puede acogotar, llevándole al que protesta a una vida cómoda, con desprecio por todo lo que signifique salir de ella.

Tal vez no fuera así esta vez. Acaso aquel clamor de protesta durase. Pero de ello, nadie se podía sentir demasiado seguro. Los tiempos provocaban unas corrientes y unos modos. Y había grupos que los seguían, gentes ingenuas, que aún creían que servía para algo pasear por las calles de las urbes americanas, enarbolando alusiones pacifistas y poniendo en la picota a los «halcones» de turno.

Pero todas esas cosas, rara vez pasan a tener eficacia real. Y posiblemente muchos de los presentes en la masa silenciosa lo pensarán también así. Sólo que... lo intentaban. Al menos, lo intentaban.

Habría que esperar al futuro para saberlo. Y esperar tiempo. Eso, sencillamente eso, movía a los jóvenes. Y a los que con ellos simpatizaban. Sólo eso por el momento: esperanza. Esperanza en un mañana de paz y de concordia humanas, por encima de conceptos belicistas, de odios y de rencores mutuos.

Los curiosos se agolpaban en las céntricas calles de San Francisco, asistiendo a la manifestación, sin tomar parte en ella.

Las consignas *hippies* pasaban ante ellos, como en un desfile carnavalesco. Cordones policiales, porra en mano, esperaban, sin intervenir, por si se hacía necesario hacerlo, según se fueran poniendo las cosas.

Por el momento, no había incidentes. Y los agentes del orden eran los primeros en celebrarlo. Había ya demasiadas batallas campales por todo: Vietnam, algaradas estudiantiles en las Universidades... Era una dura época aquella. Conflictos en cada esquina.

La sorprendente y multicolor caravana de manifestantes, era rica en muchachas de breves faldas a la moda, blusas policromas, tanto como las de ellos, estampadas en flores y motivos cromáticos muy vivos. Algunos de ellos, entonaban cánticos. En su mayoría, el himno *hippy* de Scott McKenzie, el inevitable *San Francisco*, entonado a coro por la inmensa mayoría de jóvenes inconformistas

de largos cabellos.

Malcolm Forrest era uno más entre todos ellos. Joven como todos, de aspecto rebelde, pelo hirsuto, desordenado, largo hasta la nuca, una sombra de barba bajo los labios que entonaban eufóricamente la canción de McKenzie, y unas interminables patillas que corrían por su rostro, hasta el inicio de las fuertes, enérgicas mandíbulas.

Pero Malcolm Forrest era algo más que un miembro de la manifestación gigante que gritaba contra la guerra, recién embarcadas nuevas tropas para la tierra vietnamita, en el puerto de San Francisco de California. Era un líder del movimiento de protesta. Era un activo personaje, al frente de la parada, con sus collares al cuello, muchos de ellos con emblemas de hierro, pendiendo de sus cadenas de metal oscuro.

Pantalones téjanos, manchados con lejía para diluir su color y darles aire viejo, ya que viejo y gastado querían los *hippies* llevar todo su ropaje. Quizá como un elemento más de protesta contra muchas cosas establecidas: el consumo, la elegancia y todo eso. El caso era protestar siempre de algo de lo que les irritaba, como símbolo de lo que ellos rechazaban. Y lo hacían bastante bien.

Flecos en los pantalones téjanos, a base de rasgar y deshilar el tejido sobre sus tobillos. Calzado viejo, o ningún calzado en su mayoría.

Pies desnudos, como desnudas sus almas, su espíritu de indomable juventud vital.

Quizá todo eso, de nada servía en el fondo. Ellos, los jóvenes desaseados, sucios, rebeldes, no poseían la solución. Pero al menos, ofrecían su grito personal de protesta, en colectividad. Era algo.

Por el momento, todo continuaba bien. Sin problemas, sin dificultades, sin violencias.

Evidentemente, ni ellos ni los agentes querían violencia alguna. Pero eran mucha gente. Muchas personalidades distintas. Y la aglomeración podía provocar la chispa en cualquier momento.

Un joven *hippy* más exaltado, un agente de policía irritado por la marcha de los acontecimientos...

Cualquier cosa valdría para hacer estallar el polvorín. Eso temían algunos, los más prudentes, acelerando su paso para alejarse del teatro de la manifestación juvenil. Esto temía, en el fondo, el

propio Malcolm Forrest, aunque no lo revelara en su rostro.

Malcolm era joven y rico. Había sido rico. No quiso serlo, por unirse de algún modo a otros jóvenes que no lo eran. El entendía así las cosas, y así las había hecho, sin saber a ciencia cierta si era lo mejor o lo peor que podía hacer.

Allí estaba él, al frente de aquel movimiento *hippy*, quizá idealista, y quizá inútil por completo. Eran muchos, y eran de muchas razas, colores y edades. Los había no tan jóvenes, no tan entusiastas ni convencidos, posiblemente. Pero iban. Como habían ido otros jóvenes, esa vez de raza oscura, cuando un rifle asesino acabó con la vida de otro líder de la «no violencia», de otro moderno apóstol de la paz, como fue Luther King...

Siempre había quien hacía acto de presencia, aunque fuese solamente a título simbólico. Los jóvenes estaban allí, sí. Pero muchas veces eso no valía de nada. Y una simple orden, un procedimiento burocrático, les enviaba a empuñar un arma, en las junglas del sudeste asiático, o en cualquier lugar del mundo donde fuera preciso situar fuerzas militares, para iniciar una batalla.

De súbito, sucedió aquello.

Malcolm no supo cómo fue. Nadie lo supo. Pero, indudablemente, uno de los dos bandos, la ley o los *hippies*, cometieron un error. O alguien, que no estaba en un grupo ni en otro, un agitador profesional, un aprovechado de la ocasión favorable, la utilizó en su propio y más oscuro beneficio.

La chispa, el primer brote, escapó a la percepción de Malcolm. Algún policía impaciente, se dejó llevar, involuntariamente o no, por el torrente desbordado. Y todo se complicó.

Un insulto a destiempo, una réplica desabrida, algún golpe dado con mala fe, por el agitador profesional de turno, para complicar lo que poco antes era apacible y sin violencias...

Y luego, todo se vino abajo como un castillo de naipes.

Un policía cargó contra los que tenía más cerca. Dos negros. Siempre eran ellos los que recibían el primer golpe. Y hasta el último. Debía ser el destino de su sufrida raza. Dos muchachos de color, golpeados por las porras policiales.

Luego, más agentes a formar cordón, grupo de seguridad. Cuatro, cinco, seis policías, acudiendo a evitar el conflicto. Pero, sin querer, complicándolo más, por razón directa de las circunstancias

y de la susceptibilidad general, a flor de piel...

Malcolm, angustiado, se apartó. El no había venido a luchar. No quería peleas. La violencia siempre engendra violencia. No culpó a unos ni a otros. Ni a los jóvenes negros ni a sus agresores de uniforme policial. Quizá ni unos ni otros eran directos culpables.

Pero el conflicto estaba organizado ya. Irremediablemente.

El odio desata el odio. No conduce a nada.

Se dirigió decidido a separar a los que luchaban, a evitar una paliza a sus camaradas de piel oscura, a impedir que el rojo de su sangre, ahora manchando su piel, pudiera brotar también en los agentes, complicando más aún las cosas y provocando la batalla campal...

Intentó apaciguar a unos y otros, serenar los ánimos. No le fue posible.

La brutalidad general estaba desatada ya. Era una pugna feroz, y él, para los policías, no era un intermediario de buena voluntad, sino otro manifestante, acaso tan violento como otros del grupo joven.

Cayeron sobre él golpes. Porras, puños, impactos de unos y otros. Un agente de facciones rudas, perdida la serenidad, le descargó un impacto duro. Cayó de costado en el suelo. Una bota le pisoteó el vientre y el costado. Se retorció de dolor.

Pudo tirar de la pierna de su enemigo, por puro instinto defensivo. Dio con él en tierra. No supo si era un agente o un manifestante. La confusión era excesiva. Creyó que le había matado, al verle el rostro tan quieto, entre piernas y confusión.

Luego le oyó gemir, en medio del polvo que se alzaba del asfalto. Toda la hilera de *hippies* luchaba ahora a brazo partido. También, lógicamente, los cordones policiales. Las pancartas de paz eran enarboladas, paradójicamente, como objetos contundentes.

—Adiós la paz... —masculló Malcolm, angustiado.

Y trató de incorporarse, de huir del centro de la refriega, pero no le fue posible. Los agentes caían sobre ellos por todas partes. La lucha abierta era ya un hecho, y no había posible freno, tras el primer brote de violencia.

Hubo golpes de todas clases. Muchos huían, asustados. Otros se defendían, y eso no hacía sino complicar las cosas, agravando heridos, choques, creando virulencia, que nadie sería ya capaz de

frenar, hasta que los agentes hubieran podido restablecer el orden, llevándose los detenidos en nutridos grupos.

Malcolm, cogido en medio del caos, no podía luchar ni resistirse. Sabía que su nariz, golpeada por diversos puños y objetos, sangraba. Sus mejillas se hinchaban...

Aquel compañero suyo que viera a su lado, un negro fuerte y sonriente, entró en liza entonces.

Era fuerte, tenía puños de hierro. Un Clay en embrión, o poco menos. Su raza era de atletas, de titanes en el esfuerzo muscular. Habían sido curtidos a golpes durante siglos, y eso siempre se nota en el ser humano.

— ¡Escapa, amigo! —siseó a Forrest, en voz baja—. ¡Veamos, escapa! Si no te van a machacar...

Era un consejo prudente. Valía la pena seguirlo. Otra cosa hubiera sido arriesgarse en vano.

Malcolm le hizo caso al combatiente negro.

Y muy a tiempo. Otros muchachos de color corrían ya en ayuda del otro.

Decidido a salir con bien de aquel caos alucinante y terrible, Malcolm Forrest se incorporó. También le habían roto una ceja, y la sangre le cegaba. No hubiera podido hacer nada. Quizá por eso su amigo negro le cubría la retirada. Le musitó un «gracias» apagado y, cojeando, sintiendo su cuerpo en el mismo estado que si una locomotora le hubiese pasado por encima, Malcolm Forrest se filtró entre la gente, su ojo derecho entre ambas manos, la sangre corriendo por entre los dedos.

Atrás, imaginó fácilmente lo que estaba ocurriendo. Hasta una veintena de policías, por lo menos, caían sobre los tres jóvenes negros...

Tres hombres cuyo peor delito era haber nacido con la piel de diferente color, y cuya transgresión legal era cantar a la paz, al amor y a la libertad de los humanos...

* * *

Y al mismo tiempo que Malcolm Forrest huía del escenario de la violenta batalla campal entre los pacifistas y los policías...

Al mismo tiempo, en otro lugar del mundo *hippie* de San

Francisco, un hombre era asesinado.

Ese iba a ser el prólogo para la más dura y feroz de las represiones contra la juventud inconformista del presente. Un asesinato, sería motivo para que la ley pudiera suponer un resquicio de culpabilidad en el movimiento de los jóvenes pacifistas.

Porque ese asesinato tenía precisamente por protagonista a una muchacha *hippie*. Una muchacha llamada Vanessa Merrill...

CAPITULO II

Vanessa Merrill contempló con creciente horror el cadáver...

La sangre salpicaba su cama. Y los *posters*. Y el tocadiscos, y las fundas de unas grabaciones de Aretha Flanklyn, de Donovan y de Procol Harum.

—Dios mío... —sollozó ella—. Dios mío, no...

El hombre estaba muerto, era evidente. Muerto a cuchilladas. Al menos tenía seis o siete, todas ellas mortales. El pecho, el cuello...

Soltó, aterrada, la navaja de empuñadura y hoja enrojecidas, cubiertas de sangre medio seca. Retrocedió, convulsa, estremecida de pavor y de incredulidad.

Los ojos vidriados del muerto la contemplaron desde el silencio eterno de su actual mundo de muerte y de sombras. Se habían quedado muy fijos, desorbitados, como asombrados de lo que sucedía. Como preguntándose si era posible que ella, una muchacha joven, hermosa, frágil, delicada, fuese capaz de tal horror, de tal brutalidad.

Encima del cuerpo reclinado sobre el lecho, James Dean y un líder político eran rostros incongruentes, en el color rojo y azul de los *posters* juveniles. Más allá de ellos, Bob Dylan y Luther King parecían mirarse mutuamente, asombrados en su plano mundo de papel y tintas violentas, tras el horrible crimen cometido en su presencia.

Vanessa sintió ganas de llorar, de desplomarse en el suelo, de salir dando gritos a la calle, reclamando ayuda, pidiendo que se llevaran a aquel hombre muerto que era su único compañero en el apartamento pequeño, silencioso, de los límites urbanos de Russian Hill.

Luego, comprendió que eso era una locura. No iba a lograr nada con ello, salvo hacer llegar a la policía y reducirla a ella a una vulgar criminal. Analizarían su sangre, sus residuos, para saber si había bebido o estaba drogada. Encontrarían vestigios de la droga.

La maldita droga...

—Oh, Dios —susurró—. ¿Por qué..., por qué tuve que tomar LSD? El dijo que no lo hiciera, que nunca deberla tomarla... Que es lo único que no debemos hacer ninguno de nosotros, para no ser calificados de delincuentes o de viciosos por quienes pretenden destruirnos... Y yo, estúpida de mí..., tomé la droga. Ahora, este crimen no sólo caerá sobre *mí*, sino también sobre todos nuestros camaradas, sobre nuestra comunidad...

Ocultó el rostro entre las manos. Retiró éstas, con repentino pavor. El rojo de la sangre seca, en sus uñas y en sus dedos, en su anillo y en su muñeca, le causaron un terrible sentimiento de culpabilidad, de desprecio, de asco de sí misma...

Corrió al lavabo, abrió el grifo y puso sus manos debajo. Descubrió que había ya sangre en las paredes de la pila, sangre que se desprendió al correr el agua, haciendo que ésta tomara una coloración rojiza... Retrocedió tambaleante, sintiendo náuseas. Unas profundas, horribles náuseas. Se apoyó en la pared, creyendo que iba a vomitar. Pero su estómago soportó todos los impactos. Se rehízo lentamente, con un sudor helado bañando las palmas de sus manos, su frente, su cuerpo todo.

— ¿Qué puedo hacer? —sollozó—. ¿Qué puedo hacer, oh, Dios mío?

Nadie podía contestar a su angustiado interrogante. Estaba sola. Sola con el muerto. Sola con aquel hombre de mediana edad, de cabellos oscuros, de ojos grises, de expresión enérgica, brutalmente asesinado con su navaja, con su propia mano sin duda alguna, bajo los efectos del LSD, ya que nadie, absolutamente nadie, podía haber entrado en su apartamento.

Se cercioró pronto de ello. Estaba cerrado con llave. Y solamente ella tenía una llave de aquella puerta. Sólo ella... Rebuscó en sus ropas. Allí estaba. La llave en su bolsillo de la falda corta. La llave, junto a unas monedas y un par de billetes de a dólar. Nadie, por tanto, entró allí tras hacerlo el visitante, el hombre al que confusamente recordó erguido en la puerta, mirándola amenazador,

antes de que ella cerrase e, instintivamente, diera vuelta a la llave, guardándola en su bolsillo, para evitar que ninguno de sus vecinos —*hippies* todos, como ella misma—, entrasen durante la visita del desconocido, interrumpiendo la conversación.

¿A qué había venido el hombre? Era difícil recordarlo. Creyó tener un leve recuerdo borroso, bailándole en su mente, algo relacionado con la visita del personaje desconocido.

—Señorita Merrill, vengo a interrogarla —creyó que había dicho cuando él llegó—. A solas. Tiene que hablarme sobre cierto asunto muy grave que está teniendo por escenario este barrio de San Francisco. Usted, sin duda, sabe bien lo que es. Usted va a llevarme justamente adonde yo quiero llegar... o le costará muy caro verse complicada en todo ello, se lo aseguro.

Si no dijo eso exactamente, fue algo muy parecido. Vanessa no supo exactamente lo que ello pudiera ser, pero había tenido miedo, auténtico terror hacia aquel hombre al que nunca viera antes de ahora.

Luego, todo era oscuro, turbio, todo se borraba de su mente. La droga había hecho su efecto, sin duda. Ella la había ingerido poco antes de llegar su inoportuno visitante. Es posible que tratara de huir, que él la atacase... No supo cómo pudo ser, pero la navaja era suya. Un regalo de él... Y había servido para... para...

Se tapó el rostro, gimiendo entre dientes, realmente exasperada, incapaz de saber por dónde saldría de todo aquel conflicto espantoso, tan tremendo y alucinante como una pesadilla, producto de una droga. Pero lo malo era que ni siquiera se trataba de una pesadilla.

Era real. Tremenda, espeluznantemente real. Era el fin de todo. De sí misma, de sus ilusiones, de sus inquietudes, de su afán de libertad e independencia... e incluso de sus sentimientos por él. Y, sin duda, de lo que él pudiera sentir por ella...

Se dejó caer, sollozando al fin, en un asiento, junto a su pequeño mueble donde se apilaban las grabaciones de Otis Reading, de Donovan, de los Bee Gees, de Joan Baez o de Bob Dylan, junto a botellas de cerveza vacías, colgantes de plata y de hierro, de cuentas de colores y de piedrecillas jaspeadas, y *magazines* dedicados al movimiento mundial de los jóvenes inconformistas como ella misma. Al lado, un volumen escrito por Robert Kennedy,

y un folleto con los discursos más importantes del reverendo Martin Luther King.

Su llanto fue el único sonido audible en la habitación repentinamente convertida en cámara de muerte. Una habitación donde solamente hubo antes música *soul*, o *folie songs* en discos, sobre el reproductor eléctrico, y risas de mujer, y esperanzas para un mañana luminoso y radiante para cuantos pensarán como ella.

En vez de eso, ahora esta lúgubre, obsesiva realidad. Todo ello porque había aceptado, por vez primera, aquel ofrecimiento de Don Hartman, el inefable Doctor Paz de Russian Hill. Aquella pequeña dosis de droga, que para tantos *hippies* significaba la evasión artificial de un mundo que les desagradaba profundamente, y para tantos profesionales del disco, la forma de doparse para interpretar más frenética, más vívidamente sus piezas musicales.

El se lo había dicho siempre, advirtiéndola contra su uso:

—Vanessa, nunca cedas. No creo que nuestro camino en el mundo sea precisamente ése. Por la droga LSD vamos a la ruina moral y material. Es posible que algún espíritu nefasto haya dado con el arma adecuada para infiltrarla en nuestras creencias y demoler así la obra iniciada. Nada como un vicio destructivo, para corroer la mejor intención desde sus mismos cimientos. No, Vanessa. No escuches cantos de sirena. No pruebes droga alguna.

Digan lo que digan, sea quien sea el que te la proporcione. Esos cantantes y músicos que se drogan, lo hacen para ganar más dinero. Son la mentira de nuestro mundo, el engaño comercializado. No caigas en ello. Sería como renunciar a la lucha desde el principio. Si el mundo no nos gusta como es ahora, debemos demostrar nuestra fortaleza aceptándolo así, y combatiéndolo sin evasiones ficticias. Nada de narcóticos, Vanessa. Nada de alucinógenos. Déjaselos a los conjuntos que explotan nuestras creencias y nuestra filosofía para vender más discos, y olvídate de que eso forme parte de nuestras convicciones. Nuestra única droga maravillosa debe ser la verdad, la fe, el afán de lucha para que un día nos comprendan y nos respeten. Para que algún día todos piensen como nosotros y las fábricas de armamento sean comidas por la hiedra, y el petróleo no sea combustible para elementos bélicos, y el acero no sirva para fundir armas y municiones para Vietnam, Corea, Oriente Medio, Sudamérica o nuestro propio país, corroído por prejuicios, odios y

virulencias, y por los intereses de quienes venden armas y de quienes las almacenan para, llegado el momento, estallar en violencia contra los que tienen una piel diferente a la suya, crimen imperdonable en nuestra civilización democrática y libre...

Vanessa había escuchado la encendida palabra de él en todo momento. Le había prometido no caer en la tentación, no dejarse vencer por ese falso credo de algunos *hippies* débiles, equivocados, o simplemente pervertidos por la sutil infiltración de los que buscaban minar sus cimientos.

Pero en una ocasión, una sola, otra palabra ardiente y llena de convicción, la de Don Hartman, había sido más fuerte para su persuasión que la de él... Y Vanessa pecó, como Eva había pecado en el Paraíso. Tomó el fruto prohibido. La droga maldita cayó en sus manos como una sabrosa manzana del árbol del Bien y del Mal...

Y la probó. Y, como en el bíblico Génesis, estalló la ira de Dios en cualquier parte. Y, como entonces, la paz del paraíso, de su propio paraíso terrenal, se convirtió en caos y maldición. Y ahora, ante un cuerpo sangrante, ante un crimen horrendo e imperdonable, cometido bajo los efectos de la droga, Vanessa comprendía demasiado tarde, como comprenden siempre los humanos, el tremendo error, el escalofriante error en que había incurrido, de forma ya irreparable.

Una sacudida de horror agitó su cuerpo cuando sonó la puerta.

Se volvió, lívida, demudada. Contempló la hoja de madera. Al otro lado de ésta, el golpeteo de nudillos se repitió.

—Vanessa... —susurró con voz apagada—. Vanessa, ¿estás ahí, amor?

Reconoció la voz. Con un trallazo de emoción y a la vez de alivio, acaso infundado, la joven se puso en pie de un brinco, corrió hacia la puerta, entre sollozos.

—Tú... —jadeó—. Eres tú, tú... Oh, Dios sea loado, bendita sea tu llegada... Bendita sea, querido...

Abrió la puerta con la llave, torpemente. Tiró de él hacia el interior. El entró, rápido. Vanessa cerró la puerta, giró de nuevo la llave...

El se quedó contemplando, aturdido, incrédulo, aquel cuerpo sangrante, reclinado de espaldas contra la cama de la joven, bañado

en sangre su cuello, sus ropas, sus piernas, e incluso el muro, las ropas del lecho, las baldonas del suelo.

—Vanessa... —jadeó, mortalmente pálido—. Vanessa, no... No es posible... ¿Qué significa esto? Ese hombre... Ese hombre, ¿quién es? ¿Qué ha sucedido? ¿Está... está...?

—Sí, está muerto —susurró ella, desmayada, apoyándose en la pared, junto a la puerta, para tomar aliento y revelarle la tremenda verdad—. Está muerto, ¿entiendes? Yo... Yo le asesiné, Malcolm... ¡Yo le asesiné, Malcolm, cariño!...

Y se precipitó, rota en llanto, entre los brazos del recién llegado.

* * *

—Malcolm... ¿Qué son esas heridas, esos parches en tu cabeza, en tu rostro?... ¿Qué ha sucedido hoy?

—No tiene importancia, Vanessa. Nada tiene importancia ahora... al lado de... de todo esto.

—Malcolm, ve a telefonar a la policía... —gimió ella—. Yo no podría hacerlo, lo sé... Diles lo sucedido Esperaré aquí. Me entrego a ellos. No opondré resistencia alguna

—Por Dios, calla —pidió él roncamente.

—Malcolm, es inevitable. No se puede hacer otra cosa Ese hombre está muerto. Hay que informar de ello. Hay que entregarse y pagar las culpas...

—Vanessa, no eras tú cuando le mataste. Estabas bajo los efectos de uno de esos malditos alucinógenos... ¿Cómo pudiste, Vanessa...?

—Malcolm, lo sé. Sé todo lo que puedes decirme, todo lo que puedes reprocharme. Tienes razón. Fui débil, cometí un error..., un error irreparable...

—No te tortures más —las manos del joven Forrest oprimieron con fuerza sus hombros. La atrajo hacia sí, enérgicamente—. Debes olvidar todo eso, Vanessa, cariño. Olvídalo, si te es posible aún.

—No puedo. No puedo, Malcolm... Soy culpable. Soy una asesina...

—Serénate, por Dios. No eres nada de eso. Algo superior a ti, el efecto de una droga, provocó esto. No puede culparte nadie. Pero precisamente por ser lo que somos, todo va a ser peor. Van a caer despiadadamente sobre ti, vas a ser el símbolo de toda una

generación, y en ti vamos a ser inmolados todos a la vez. Vanessa, hay que hacer algo...

—Malcolm, sí. Lo único que se puede hacer: entregarme.

—No —negó él, rotundamente—. Play otra solución.

— ¿Otra? —le miró ella, asustada—. No puede ser... No hay ninguna, tú lo sabes...

—Calla. Deja esto en mis manos, Vanessa. Vete de aquí. En seguida. ¡Vete!

Vanessa Merrill desorbitó sus ojos, sus claros ojos entre azules y pardos, grandes y dulces, hermosos e ingenuos. Su cuerpo delgado pero bien formado, se estremeció.

—Malcolm... —susurró—. ¿Qué... qué es lo que estás pensando? ¿Qué vas a hacer?

—Lo único posible en este caso. Yo me ocuparé de ello.

—No puedes hacer nada. ¡No permitiré que tú te culpes de lo que yo hice! —gritó de repente, creyendo entender sus intenciones.

—No seas tonta —sonrió él—. No he pensado en eso aún. Vanessa, tú tienes familia. Vete esta noche con ellos.

—Nunca —negó ella, rotunda—. Jamás volveré junto a mi padre.

—Sé lo que ocurre con tu padre, Vanessa —suspiró Malcolm—. No me refería a él, sino a tu hermana Kathy, a tu cuñado Ralph... Con ellos no estás disgustada, ¿verdad?

—No, no del todo... —musitó—. Tampoco me comprenden muy bien, pero... podría ir con los dos, sí. Sin embargo, ¿para qué esa locura? ¿Qué piensas hacer tú?

—Escucha, Vanessa —suspiró él—. Voy a deshacerme de este hombre, sea quien sea. Y tú, entretanto, vas a ir con tu hermana. Te quedas allí. No les refieras nada de nada. Cambia de ropas, lávate bien. No dejes ni rastro de sangre sobre ti. Duerme hoy en casa de ellos. Pon un pretexto, el que quieras. Mañana, nadie relacionará a ese hombre muerto con tu persona.

—Malcolm, eso no es decente, no es honrado...

—Vanessa, no sé por qué vino aquí este hombre, pero sí sé que tú le mataste sin saberlo siquiera, en plena inconsciencia. Sé lo que son esa clase de drogas y en lo que convierten a las personas. No sería justo que tú pagaras por algo de lo que otros tienen la culpa: los que comercian con esa maldita droga que puede hundirnos a

todos. Vamos, vete ya.

— ¿Y... y tú...?

—Te aseguro que no me mezclaré en nada. Ale desharé del muerto, dejaré tu apartamento sin un solo rastro de sangre ni de violencia alguna. Más tarde, veremos lo que se hace. Necesitamos tiempo para reflexionar, para adoptar un plan, el que sea. Pero ahora, así súbitamente, no harías sino hundirte hasta el cuello en una culpabilidad ajena a tu voluntad misma. Algo que ellos no aceptarían jamás. Serías condenada, Vanessa. Incluso posiblemente a... a la cámara de gas.

—Dios mío... —ella ocultó el rostro entre sus manos, estremecida—. Malcolm, ¿cómo vas tú a... a arriesgarte tanto... sólo por mí?

—Por eso —la miró él tiernamente, desde su rostro tumefacto por los golpes de aquella tarde—. Por ti solamente, Vanessa querida...

Besó sus mejillas mojadas de llanto, su rostro pálido, demudado, sus labios yertos, descoloridos. Luego, le sonrió animoso, lleno de aliento.

—Malcolm...

—Calla ya, Vanessa —la atajó él—. Ahora, cambia tus ropas, lávate bien y vete de aquí. El resto es cosa mía.

La llevó él mismo al lavabo, le hizo limpiarse hasta el menor rastro de sangre de su rostro, de su cuello, de sus manos, de sus piernas, salpicadas de rojo.

Luego, mientras Malcolm se dedicaba a lavar el suelo y a quitar las sábanas del lecho para cambiarlas por otras, ella se vistió y se puso una cadena de plata con un colgante de pesado metal en forma de rombo.

—Perfecto —asintió Malcolm, contemplándola sonriente. Le dio un leve cachete en su mejilla—. Ahora, adelante, querida. Ve a casa de tu hermana Kathy. Y suerte. Recuerda..., ni una palabra de esto a nadie, o entonces me comprometerías seriamente a mí. Di que te encuentras algo enferma de los nervios, lo que quieras. Pero di algo convincente. Ya te veré en breve. Y te diré cómo fue todo.

—Malcolm, ten mucho cuidado... —musitó Vanessa, ya desde la puerta. Evitó mirar al muerto, al que había envuelto en una de las sábanas, ligándolo con cintas de goma— Y gracias. Gracias por

todo...

El se limitó a dirigirle un beso con la punta de los dedos. Se cerró la puerta. Malcolm continuó su fúnebre e ingrata tarea. Comenzó a quitar los *posters* manchados de rojo oscuro.

Luego, con curiosidad, tomó la cartera, que había extraído del bolsillo de las ropas del cadáver. Abrió, examinando el documento de identificación de la víctima.

Se estremeció.

El documento tenía el distintivo del *Federal Bureau of Investigation*.

La fotografía correspondía al muerto. Y figuraba en la credencial su nombre y especialidad: Selwyn Smight.

Agente especial de la División de Narcóticos del FBI.

Esa era la persona asesinada por Vanessa Merrill.

CAPITULO III

Selwyn Smight, agente especial de Narcóticos del Gobierno de los Estados Unidos, hacía ahora su último viaje.

Dentro de una enorme bolsa de plástico, envuelto en una sábana ensangrentada, fuertemente ligado para que sus miembros extremos no bailotearan, dificultando el macabro traslado, iba dentro del viejo coche pintarrajeado de Malcolm Forrest, hacia el lugar escogido por este para deshacerse del cuerpo.

Su ruta en estos momentos iba desde Russian Hill hacia Fisherman's Wharf, al otro lado del centro urbano de la población.

En el distrito de los pescadores no sería nada difícil deshacerse del cadáver. Llevaba unos fuertes pesos de plomo, y eso bastaría para sumergirlo muy profundamente durante el tiempo necesario para que el cuerpo se convirtiera en algo difícil de identificar, al ser hallado posteriormente..., si es que era hallado.

Una canoa robada para la tarea, le apartaría lo suficiente del embarcadero de los pescadores, permitiéndole actuar de modo rápido y preciso. Sabía dónde había hileras de embarcaciones, sin guarda alguno a su cuidado. Viejas lanchas que nadie pensaría en robar para cosa alguna.

El tampoco lo haría en realidad. Se trataría de tomarla prestada durante unos minutos, sin permiso del dueño, naturalmente.

Evitó en forma cuidadosa las calles céntricas de la ciudad, al menos en algunas de sus zonas. Por fortuna, todo volvía a la calma, y los coches patrulla comprobaban eso, en suave desfile por las avenidas.

Los rumores eran de que había heridos y contusionados de todo tipo, cosa lógica, habida cuenta de la estúpida violencia que algún

manifestante desatara con oscuros designios, aprovechando una situación favorable. Pero los representantes de la autoridad parecían ahora tranquilos, sin nuevos problemas a la vista, y eso resultaba de por sí confortante.

Malcolm estaba preocupado por sus amigos de color, por Vanessa, y... por el cuerpo sin vida de Selwyn Smight, el agente federal, desdichadamente muerto por la muchacha bajo los efectos nocivos de algún producto alucinógeno, que los buenos comerciantes de los sentimientos ajenos inculcaban a los jóvenes, como una moda o una forma de rebeldía, cuando en realidad no era sino un auténtico manantial de beneficios para sus traficantes. Un muy fabuloso negocio montado por unos desaprensivos, que seguramente habían intercalado y mezclado a sus hábiles agentes y distribuidores en el mundo *hippy*, disfrazados incluso de *hippies*, para dar mayor verosimilitud a su repugnante comercio.

Malcolm estaba irritado. Consigo mismo, con Vanessa y con muchas otras cosas. Incluso con el FBI y con el infortunado Selwyn Smight. ¿Por qué tuvo que ir él a ver a Vanessa e interrogarla sobre las drogas, cuando las raíces de ese problema estaban en otro lugar y no entre los incautos que caían en la trampa?

¿Por qué ella tuvo que drogarse precisamente ese día, y por qué tuvo que ponerse obstinado o violento el federal, provocando la acción irreflexiva e involuntaria de una persona que no estaba exactamente en sus cabales en ese momento, nublado su entendimiento por la acción del alucinógeno?

Eran muchas preguntas, muchos errores de todo el mundo, muchas torpezas e infortunios. Y ahora, él pasaba las consecuencias de todo. El, porque no podía permitir que Vanessa pagase por un crimen involuntario. Ella no era una criminal, era solamente una muchacha de poca voluntad, fácil de persuadir por los pillos mezclados en su mundo joven y disconforme.

Suspiró, deteniendo el viejo coche junto al embarcadero. Había creído pensar en todo desde un principio. Le había llevado tiempo, ciertamente. Más de dos horas. Actualmente, Vanessa estaría ya con su familia en Oakland, con su aburguesada pero amable hermana Kathy, su no menos burgués y rutinario esposo, Ralph Dunn.

Era inevitable. Debía ocultarse allí de momento. Cuando Selwyn Smight se hallase a muchas yardas bajo la sucia y turbia superficie

de las aguas de los muelles de pescadores, sería el mejor momento para que ella volviera a su barrio, a sus gentes, a su pequeño apartamento, alquilado en el corazón del mundo pobre de los pobres jóvenes ricos en limpias ambiciones.

Trató de pensar, mientras escudriñaba en torno, apagados los faros, desde dentro del viejo automóvil cubierto de dibujos psicodélicos, de florecillas, de emblemas de paz y amor, en letra digna de los viejos tiempos; en que los diarios anunciaban la forma de alargar los cabellos hasta las rodillas, de utilizar corsés de cualquier doctor rimbombante, etc.

Recordó que había cambiado los *posters* del dormitorio de Vanessa, por otros idénticos, pero sin manchas de sangre. Sus propios *posters*, trasladados desde la habitación de su pensión hasta la casa de ella. Igual hizo con las sábanas, con cuanto había de revelador. Limpió el suelo, las paredes, afortunadamente empapeladas con papel lavable, y todo lo demás. Ahora, el piso de Vanesa era un lugar limpio, ordenado, donde nadie podría jamás demostrar que ocurrió algo sangriento. De eso se había cuidado a conciencia el joven Malcolm. Ahora, la navaja asesina, limpia y pulcra, iba de nuevo en su bolsillo, y las sábanas que envolvían al muerto podía muy bien ser las suyas, ya que él dejó esa noche su lecho sin sábanas, para ponerlas en casa de Vanessa. Dormiría esa noche, si es que podía dormir, sobre el propio colchón, hasta adquirir al día siguiente nuevas ropas de cama en cualquier casa de compraventa de su barrio. Todo estaría así resuelto.

Pero para que así fuese, era preciso aún algo muy importante, algo realmente vital, deshacerse del cuerpo de Selwyn Smight. Enviarlo al fondo de las aguas. Tal vez hubiera suerte y las corrientes lo llevaran a alta mar, para que después las mareas lo reintegraran a costa, pero muy lejos de San Francisco.

No había nadie en la zona, cosa que era ya habitual en el lugar. Era un largo embarcadero con olor a marisco, y hasta el que llegaba el aroma fuerte de los puestos no muy lejanos donde se cocían al consumidor, delante mismo de sus ojos, los grandes cangrejos y langostas, los bogavantes y los camarones, para que el público eligiera la pieza más de su gusto. Alineadas en el embarcadero, al menos cuarenta barcas de remo, alguna de ellas con el motor fuera borda aplicado, envuelto en una bolsa de plástico, para que la

humedad y el salitre no actuaran de corrosivo en él.

Lo último que elegiría, sería un motor fuera borda. Demasiado ruidoso... Los remos eran preferibles. Más lentos, pero más seguros. La canoa necesitaría adentrarse cosa de dos o trescientas yardas dentro del agua. Luego, sería llegado el momento de lanzar el cuerpo al agua, evitando lo más posible el chapoteo.

Abrió la portezuela posterior de su coche. Tiró del envoltorio tendido a lo largo del compartimento de atrás. Pesaba mucho. Los muertos siempre pesan demasiado... Malcolm llevó durante un trecho aquella forma rígida, pesada, inerte, cuyo roce con el suelo le producía escalofríos.

Llegó a la barca elegida. Una pequeña, vieja y destartada. Era suficiente. Cualquiera buena. Aquella tenía amplios remos de ancha pala. Sería más ligera, al deslizarse sobre el agua, negra como la tinta, en aquel sector mal iluminado del embarcadero de Fisherman's.

Tiró encima de la embarcación el cuerpo del federal asesinado. Subió él detrás, tomando los remos. Soltó la amarra del muelle. Comenzó a bogar lenta, firmemente. Con todas sus energías puestas en la maniobra.

Separóse del embarcadero, fue adentrándose en las aguas, hacia la oscuridad de la noche. Cada golpe de reno era un paso más hacia la solución definitiva del problema que podía llevar a Vanessa a la cámara de gas, y a él a presidio. Sabía cuál era exactamente su delito actual: encubrimiento de un crimen, y complicidad en la acción de deshacerse de un cuerpo. El cuerpo de un federal, por añadidura. Le entró un repentino escalofrío. Todo aquello era demasiado grave, demasiado trascendente.

Llevaba ya al menos cincuenta yardas mar adentro. Unos golpes más de remo, y esas cincuenta fueron cien. Suspiró. Ya sólo quedaba otro esfuerzo igual. A doscientas yardas sería suficiente. Más lejos, podía ser peligroso, por causa de las patrullas costeras. No eran horas de salir a pescar, y una embarcación solitaria podía despertar sospechas en los guardacostas o en la patrulla marítima de vigilancia.

Festones de luces, en la distancia, señalaban la parte de Fisherman's destinada a mercado de pescado, restaurantes marineros y sitios pintorescos donde degustar el marisco, con vino

californiano, con cerveza o con champaña importado, si el cliente tenía dinero para caprichos semejantes. Muchos turistas visitaban Fisherman's para probar las especialidades marineras de la ciudad más cosmopolita de la costa del Pacífico.

Estaba llegando ya a las ciento cincuenta yardas de distancia del embarcadero, calculadas con buen ojo.

—Un par de golpes más de remo, y será suficiente —se dijo.

Nunca llegó a darlos. Súbitamente, la luz le inundo en un raudal cegador, blanco y deslumbrante.

Cerró los ojos, con un estremecimiento, mascullando algo entre dientes. Soltó los remos y, rápidamente, volvió la embarcación hacia babor, deslizando al agua el cuerpo muerto, al tiempo que sonaba una voz, como un pistoletazo, detrás del haz luminoso que súbitamente había brotado frente a él, en la oscuridad de las aguas, bañando en claridad la escena:

— ¡No trate de huir ni defenderse, o dispararemos! ¡Manténgase donde está, en nombre de la ley!

El cuerpo produjo un leve chapoteo nada más, al hundirse en las aguas. No podía evitar que ellos lo viesen, por rápida que fuese su maniobra, ya que la luz de aquella embarcación, perteneciente sin duda a una patrulla costera de la policía, había revelado nítidamente todos los detalles de la barca y su único tripulante.

— ¡Eh, usted! —llamó otra voz, ásperamente—. ¿Qué hizo? ¿Qué arrojó por la borda?

Malcolm apretó los labios, erguido, bien visible a la luz, sin responder en absoluto a esa pregunta.

Otra voz acusó, tajante:

—Debe ser un traficante en narcóticos, no hay duda. Tiró la carga...

—Parecía un bulto demasiado grande, para ser narcóticos. Tal vez se tratase de otra cosa... —la conversación proseguía.

Ahora trepidaba un motor, la luz se acercaba a Malcolm, como un enorme ojo siniestro, fijo en él, y el joven no se movía, preguntándose en qué iba a parar todo aquello.

—Tendrás que confesar lo que tiraste al mar —avisó uno de los patrulleros, siempre en el campo de sombras que quedaba tras el reflector, invisible por tanto a los doloridos ojos de Malcolm Forrest—. De todos modos, daremos con ello, ¿entiendes? Sea lo que sea...

El permaneció callado. Poco después, una borda gris, más elevada que su canoa, se pegaba a la misma. En la cubierta, apuntándole, dos fusiles ametralladores en manos de dos hombres uniformados.

—Sube, muchacho —ordenó, seca, una voz—. Y no intentes nada. Te acribillaríamos sin remedio aquí mismo... Eh, tú, Carter, llama a Reagan. Bajaréis los dos a la profundidad. Llevad el equipo de inmersión completo y las lámparas eléctricas. Es posible que eso que tiró ese jovencuelo sea pesado, o lleve un lastre, para que se hundiera muy profundamente. Quiero recuperarlo, sea lo que sea. Si no podéis hacerlo, llamaremos a tierra y pediremos equipo especial de buzo para dragar esa zona.

—Sí, señor —respondió una voz, mientras Malcolm se estremecía, preocupado por cuanto estaba oyendo.

Subió a bordo de la lancha patrullera de la policía. Un frío interior se iba apoderando de él, a medida que veía los preparativos para bucear en busca del bulto sumergido. Sabía que, tarde o temprano, el bulto sería localizado e identificado.

Ello significaría lo peor. Pero aparentó una gran serenidad cuando unas manos recias, macizas y expertas, le registraron a fondo, en busca de algo comprometedor o peligroso sobre él.

El cacheo dio por resultado el hallazgo de su única arma: la navaja automática, la misma que sirviera para matar a Selwyn Smight. Se quedaron con ella tras una búsqueda estéril de otros objetos. Aún tuvo Malcolm ánimos de sonreír agresivamente a los policías:

— ¿Qué esperaban? ¿Que fuese armado hasta los dientes?

—Anda, ve adentro —le dieron un empujón—. Eres uno de esos piojosos mugrientos, un protestón de los melenudos... ¡Adonde iremos a parar con semejante juventud, malditos seáis todos, hatajo de haraganes!

Le condujeron a empujones hasta un cuarto situado al fondo de una escalerilla que descendía a las cabinas de la rápida lancha policial. Le esposaron y encerraron, justamente cuando el agua chapoteaba violentamente, hendida por dos cuerpos vestidos de azul oscuro, los dos hombres-rana de la policía, que iban en busca del objeto sumergido,

Malcolm se dejó caer en el filo de la litera de su calabozo

provisional. Oyó rugir los motores de a bordo, mientras la canoa policial describía círculos en torno al lugar donde flotaba su lancha de remos, y donde algo, vista de los inoportunos patrulleros, había sido hundido en las aguas.

Malcolm Forrest no albergó demasiada confianza en lo qué iba a seguir después. El hallazgo del cadáver era solamente cuestión de minutos, de horas o de días. Pero todo se había perdido, y eso era lo que contaba ahora.

Su mente comenzó a elaborar una idea fantástica y desesperada. Era lo único que podía hacer, y lo haría, cualquier cosa, menos decir la verdad.

Era una lástima que todos sus esfuerzos sólo hubieran servido para eso. Para complicar más las cosas, para convertir un caso quizá de legítima defensa o de inconsistencia mental y de involuntario homicidio, en un asesinato en primer grado, con las agravantes de traslado de muerto, alteración de pruebas e indicios, y el intento de deshacerse del cuerpo del delito en alta mar.

Malcolm cubrió su rostro con ambas manos, sin poder separar éstas, sujetas por la doble argolla de acero. Sabía lo que esto significaba. Lo iba a afrontar con decisión y valentía. Pero aun así, sabía lo que arriesgaba. Sabía lo que iba a pagar.

Pero ya no había otro remedio. Selwyn Smight era un federal asesinado a navajazos. La navaja era suya. Tenía sus iniciales. El trató de deshacerse del cuerpo. El lo llevó todo a cabo hasta Fisherman's Wharf.

Era suficiente. Suficiente para que un hombre fuera sentenciado a la cámara de gas.

Y él, Malcolm Forrest, no iba a hacer nada por evitarlo. Absolutamente nada.

* * *

—Selwyn Smight. De Narcóticos.

— ¿Es él?

—Sí, es él.

— ¿Sin lugar a dudas?

—Sin lugar a dudas. Ha sido identificado por su jefe el inspector de Narcóticos, Plummer. Ahora están esperando a su hermano para

que complete la identificación pero caben pocas dudas al respecto.

—Su hermano... ¿Es Clint Smight, también de Narcóticos?

—Sí, el mismo. Ambos hermanos se especializaron en la persecución de los traficantes de drogas y estupefacientes. Ahora, Clint está en Oriente Medio, tras la pista de una organización de vendedores de opio. Regresó en avión, informado de lo que le sucedió a su hermano Selwyn.

El capitán Peter Shaw, de la Policía Metropolitana de San Francisco, asintió en silencio, tras las explicaciones del inspector-instructor Dave Hamilton, del FBI en San Francisco.

—Pobre Smight... Va a ser una dura prueba para él.

—Muy dura, capitán Shaw —suspiró Hamilton—. Ambos hermanos se querían mucho. Selwyn era varios años mayor. No tenían otra familia que ellos mismos. Eso hace particularmente penosa la situación.

—Si pudiera, estrujaría a ese mugriento entre mis manos —masculló Shaw—. Es uno de esos zarrapastrosos *hippies* que protestan de todo y no trabajan en nada, un holgazán de melena larga, inspector. Le di de bofetadas, cuando la patrulla costera me lo entregó...

—Hizo mal —replicó Hamilton severamente—. ¿Confesó ser culpable?

—No, claro que no. Esos cerdos nunca confiesan nada. Se callan y te miran insultantes encima, como si ellos fuesen superiores. Se limitó a sonreír desdeñoso cuando le di los bofetones, igual que si fuese un santón...

—No debe pegar a un sospechoso, capitán. Mientras haya una duda razonable, no se puede culpar a nadie de un delito.

—Tonterías, inspector Hamilton. Usted sabe que son Tonterías todas esas cosas. Esa gentuza necesita mano dura. Son unos rebeldes que odian el trabajo y nos odian a todos los que somos honrados.

—Aun así, capitán, no debió pegarle. Pero, naturalmente, yo no soy quién para mezclarme en todo eso. El prisionero es suyo, no mío.

—Oh, de todas maneras, pronto será suyo. Matar a un federal es delito federal, usted conoce bien esa ley. Además, están las drogas. Smight se ocupaba del asunto del LSD entre los jovenzuelos melenudos. De modo que creo que el fiscal del Distrito tendrá que

atender la petición de Washington, entregándoles el caso a ustedes, para que un juez federal dictamine en el caso de Malcolm Forrest.

—Sí, creo que ése será el caso —asintió Hamilton, pensativo, golpeando sus cuartillas de encima de la mesa con el bolígrafo—. ¿Cómo es el muchacho? Me refiero a ese joven Forrest...

—Ya sabe... Altivo, cínico y agresivo, como todos sus compinches de ideología. Ayer mismo, sin ir más lejos, formaba él parte de una manifestación de las que ellos llaman «pacifistas». Al final, provocaron a mis hombres y se armó jaleo.

—El asunto ha interesado al FBI, capitán.

—Su obligación, por el momento, debe centrarse en Malcolm Forrest y su culpabilidad, no en ninguna otra cosa —le recordó secamente el capitán Shaw, dirigiéndose a la salida de] despacho—. De lo demás, yo soy el responsable como oficial de policía de esta ciudad.

—Tendré en cuenta esa responsabilidad suya, llegado el momento, capitán Shaw.

El oficial cerró la puerta, con mal humor. Sus pasos se perdieron en el corredor de la Oficina Federal de Investigación.

Sonó el teléfono sobre la mesa. Ceñudo, irritado, el inspector-instructor Hamilton descolgó el auricular.

—Habla Hamilton —dijo—. ¿Qué hay?

La voz de un subordinado suyo le informó:

—El agente de Narcóticos Clint Smight acaba de llegar del aeropuerto. El inspector Plummer está ahora con el fiscal del Distrito. ¿Puede pasar a su oficina? El ha venido a identificar a su hermano Selwyn.

—Sí, lo sé —suspiró Hamilton—. Hágle pasar en seguida.

CAPITULO IV

Bastó una breve ojeada, una contemplación profunda del rostro, del cuerpo del hombre recién extraído del frigorífico mortuario.

—Sí —habló roncamente Clint—. Es mi hermano...

Era pura rutina. Cerró el empleado. Firmó Clint Smight en un impreso, y se retiró lentamente, tras contemplar de nuevo la puerta hermética del refrigerador. A su lado, el inspector Hamilton iba silencioso, profundamente pensativo.

Sus pasos sonaron huecos por el largo corredor blanco, vacío y con olor a desinfectantes, camino de la salida.

—De veras lo siento, Clint —habló con gravedad Hamilton—. Hubiera preferido no hacerle pasar este trance. En realidad, no era imprescindible. Sus huellas, su rostro, todo correspondía...

—No tiene que disculparse —respondió Smight, sin mirarle—. Además, nunca le hubiera perdonado que no k> hiciera. Lo prefiero así. Lo he visto... y asistiré al funeral. Es lo único que puedo hacer ya... Selwyn no tenía más familia que a mí, y su idea fue excelente al avisarme con urgencia para que viniese, dejando el asunto de Oriente Medio y el tráfico de opio. Realmente, le estoy muy agradecido por ello, inspector.

—Era natural hacerlo. No por la identificación, que usted sabe no era precisa, sino... porque usted era su hermano, Clint. ¿Cómo podría decirle lo que lo he sentido, como hombre y como policía?

—No tiene que decir nada —sonrió amargamente Clint Smight—. Sé lo que todos sienten en este momento. Selwyn era un excelente muchacho. Obstinado como pocos cuando tenía un asunto en sus manos. No le gustaba cejar hasta resolverlo definitivamente. Y ahora...

—Ahora, alguien impidió que lo resolviera. Un mozalbete estúpido, fanatizado, necio y sin conciencia... Fueron muchos navajazos los que infirió a Selwyn para matarle. Y sabe manejar la navaja, eso es obvio.

—Sí, ya he podido observarlo —se estremeció Clint sordamente. Apretó los labios, y caminó un trecho, junto a Hamilton. Luego, preguntó con voz tensa—: ¿Quién es él?

— ¿El asesino? —se encogió Hamilton de hombros— Usted conoce la especie igual que todos nosotros. Un joven melenudo, de ideas extrañas, rebelde e inadaptado. Un *hippy*.

— ¿Un *hippy*? —dudó Clint con sorpresa—. Creí que ellos pedían paz, libertad y amor, y cosas así.

—Es la teoría. La práctica, desgraciadamente, no es igual. Se liaron a golpes con la policía. Dos muchachos de color murieron en el choque. Luego, Malcolm Forrest, que así se llama el joven, corrió a su casa, herido de golpes en diversas partes de su rostro, manos cuerpo. Después, debió recibir la visita de Selwyn, aunque nadie en la pensión le vio llegar ni oyó voces o ruido de lucha. Y ocurrió lo peor...

—Selwyn investigaba sobre el LSD, ¿no es cierto?

—Sí, exactamente.

— ¿Está drogado ese joven? ¿Lo estaba cuando..., cuando sucedió todo?

—Fue aprehendido horas después, no muchas más tarde, a juzgar por el estado del cadáver. Quería hundirlo en las aguas de Fisherman's Wharf. Y lo cierto es que llegó a hacerlo, pero los de la patrulla costera le sorprendieron. Costó rescatar el cuerpo. Los hombres rana no llegaron a suficiente profundidad. Pero un batiscafo de la Marina lo resolvió fácilmente. Un buzo logró recuperarlo. Entonces, tampoco parecía drogado ese joven, ni mucho menos.

—Confesó su crimen, ¿no?

—En principio, se cerró en banda, y no quiso responder a ninguna pregunta. Luego, de súbito, se convirtió en una perita en dulce. Lo admitió todo, explicó la escena del choque, la forma en que lo mató... Algo frío, cínico y terrible. Parece un buen muchacho, y luego se encuentra uno ante un monstruo.

— ¿Podría verlo yo, interrogarle?

—Clint... —Hamilton le miró con alarma—. ¿Precisamente usted? No creo que fuese prudente autorizarle tal cosa.

—Usted me conoce bien, inspector —replicó él con frialdad—, Soy un hombre sereno, no me dejo llevar de arrebatos. ¿No me cree?

—Sí, Clint, pero... —contempló, pensativo, la expresión dura y fría de los ojos pardos del joven federal, bajo los rubios cabellos y la amplia frente surcada ahora de pliegues profundos. Su alta figura permanecía erguida, su mentón enérgicamente crispado por el gesto de su boca—. Esta vez la cosa cambia. Era su hermano...

—Soy un policía, no un vengador —le recordó Clint con sequedad—. Estoy aquí para ayudar a la justicia, no para tomármela por mi mano.

—Sí, pero todo tiene su límite. Cuando le oiga hablar tan cínicamente, con esa sangre fría, con esa indiferencia... Da náuseas, Clint. Se le irá la mano, sin duda. Dígame usted eso al capitán Shaw y verá lo que le contesta.

— ¿Peter Shaw hizo el arresto? —la expresión de Clint se endureció.

—Clint, no sé si debe ir a ver a ese muchacho. Yo le aconsejaría que no lo hiciera. Wharton se encargará del asunto de la LSD en el mundo *hippy* de San Francisco, y a la vez del asesinato de Selwyn. Es lo más prudente y adecuado.

—Inspector, Wharton conoce bien el Líbano, Israel y Jordania. ¿Por qué no va él allí al asunto del opio y me deja a mí al cargo de todo eso?

—Clint, ¿precisamente usted? Es una locura. Un hermano no puede ser frío, desapasionado, ni siquiera aunque se llame Clint Smight.

—Le prometo que lo seré. En cuanto pierda el control de mí mismo, puede relevarme en el asunto.

—Creo que a los jefes no va a gustarles la idea. Y a su superior, Plummer, menos que a ninguno.

—Plummer lleva los asuntos de narcóticos. Usted, los lleva todos. ¿Por qué no toma una decisión? Nadie se opondrá a ella.

—La criticarán, estoy seguro. Y si algo falla, ¡cualquiera me libra del temporal!

—No fallará nada. Tiene mi palabra.

—No sé, Clint... Tengo que pensarlo. Ya le diré lo que resuelvo.

—Entretanto, me gustaría hablar con Malcolm Forrest.

El inspector Hamilton le estudió, contrariado. Pareció que iba a sacudir negativamente la cabeza. Luego, súbito, tomó una brusca decisión. Afirmó, tajante. —Está bien, Clint. Vaya a ver al muchacho. Y ármese de paciencia. Si quiere hielo para su sangre, se lo proporcionaré.

—No me hará falta —aseguró Clint, entornando sus ojos pardos con expresión glacial e inescrutable—. Le aseguro que la que corre por mis venas, no baja hirviendo. Ni tendrá por qué alterarse ante ese asesino..., a pesar de cuanto amaba a mi hermano Selwyn.

—Conforme —aceptó el inspector-instructor. Le asomó la admiración a los ojos—. Venga conmigo. Le llevaré hasta ese joven. Pero tampoco espere milagros. Sólo se enterara de lo mismo que él ya ha declarado y firmado.

—No es sólo la confesión lo que quiero oír de sus labios —aseveró lentamente Clint Smight—. A veces, es más importante conocer a la persona, estudiar su apariencia, sus reacciones, tratar de ahondar en su psicología...

—La de ese melenudo, es fácil de ver y de entender. Lo descubrirá en seguida.

—Nunca estoy seguro de eso, hasta comprobarlo por mí mismo. El hecho de que la víctima haya sido Selwyn, es doloroso y cruel para mí, como ser humano. Como policía, éste será un caso más, palabra... Y, como tal quiero empezar como empiezo siempre que existe un presunto culpable: por el propio culpable...

* * *

—Bueno, ya conoce la historia, señor. La he contado ya diez veces por lo menos.

—Se puede contar once. Y hasta cien —replicó fríamente Clint Smight, sin desviar sus ojos de él—. El tribunal también te la pedirá en su día.

—Sí, lo imagino —bostezó cínicamente Malcolm Forrest—. Es lo que ocurre en estos casos.

—He visto que no tienes antecedentes penales, Forrest.

—No, señor. Nunca estuve preso, si se refiere a eso

—Esta es tu primera vez, por tanto.

—Y la última, por lo que oigo decir a todos —sonrió sarcástico, Malcolm, sin inmutarse siquiera.

Hubo cierta sorpresa en el gesto de Clint. Se inclinó más hacia el preso. Hamilton y el celador de turno se miraron, preocupados. Siempre temían que, vencido por la excitación y la ira, por el justo dolor fraterno Smight olvidara lo que era, para ser solamente un ser humano, un hermano enfurecido.

Pero tampoco esta vez se descompuso la increíble sangre iría de Clint.

En vez de ello, tras la contemplación muda del preso, su voz sonó tranquila, calmosa, casi mecánica, come si fuese un policía cualquiera, investigando un caso rutinario que solamente le afectaba profesionalmente, sin nexo sentimental alguno con la víctima y su circunstancia.

—Forrest, ¿por qué le mataste?

— ¿Eh? —Malcolm le miró, sorprendido por la pregunta. Luego, se rehízo y se encogió de hombros, evasivo—. Bueno, usted sabe lo que son estas cosas. Es policía, ¿no? Le gusta meter en todo la nariz, ¿no es cierto?

— ¿Selwyn Smight metió la nariz en tus cosas? —insistió Clint.

— ¡Sí! —se irritó el joven—. Claro que las metió. Como hacen todos. Quería saber, saber, saber... Hacía preguntas, acusaba, le acorralaba a uno.

—Bien, todo eso tiene fácil salida. Te niegas a contestar, o exiges un abogado o le echas de tu casa. Smight no llevaba orden alguna judicial para entrar en tu casa y coaccionarte en modo alguno. Era solamente un agente de servicio que hacía preguntas.

—Preguntas, preguntas... Hacía demasiadas preguntas.

— ¿Qué clase de preguntas?

—Todo eso de las drogas, de la LSD y demás basura...

— ¿Basura? ¿Consideras basura las drogas? —le con templó, muy fijo.

—Bueno, todo eso es basura, a fin de cuentas. No me gusta hablar de ello.

— ¿Te drogas?

Pareció que iba a contestar negativamente. Luego rectificó sobre la marcha.

—Váyase al diablo —rezongó—. No tengo por qué hablar de eso. No quiero hablar de nada de eso.

—Y por ello te negaste a responder a Selwyn Smight

—Claro. Era insoportable aquello. Me enfureció.

— ¿Smight te pegó, te amenazó violentamente?

—Sí, sí. Me dijo que iba a meterme hasta el cuello en un buen lío. Me acosó. No sé lo que hice. Ni cómo ocurrió. Me solivianté, y también él. Chocamos, disputamos violentamente. Llegamos a las manos. No sé como pudo pasar, pero de repente vi sangre... y le vi caer

—Y aun así, seguiste golpeando con tu navaja. Hasta doce tajos...

—Doce... —se estremeció Malcolm—. ¿Tantos?

—Sí, Forrest. Doce tajos conté en el cadáver. Di ellos, al menos nueve eran mortales. Sabes maneja: bien la navaja, ¿no? Sobre todo, para atacar a un hombre...

—De veras que no quise hacerlo. Pero supongo que eso será igual...

—Para el juez, posiblemente sea igual. Para mí, no Quisiera saber con más detalle lo sucedido. Dejas lagunas, cosas oscuras... Vamos, Forrest, ya nada va empeorar tu situación. Eres un reo convicto y confeso de tu delito. ¿Por qué no te sinceras del todo?

—No sé. No puedo. Es difícil recordar las cosas cuando uno... está algo drogado, algo inconsciente por efectos de la LSD.

— ¿Habías ingerido LSD esa tarde?

—Por supuesto —mintió fríamente Malcolm, siempre en guardia.

— ¿Antes o después de ir a la manifestación *hippy*?

—Después. Estaba tullido a golpes.

—Yo nunca pego —habló seco Clint—. Pero sé lo que ocurre en esos casos. Supe lo de tus dos amigos de color...

—Ah, ¿se lo contaron? —una mueca amarga crispó la boca de Malcolm. El odio brilló en sus ojos—. Eran buenos chicos.

—Sé lo que sentirás. Eran amigos tuyos. Pero también Selwyn era amigo de todos nosotros. Casi..., casi como un hermano —y la voz de Clint tomó un tinte estremecido ahora. Se dominó, para proseguir—: No es fácil perdonarte. Ni siquiera sabiendo que te drogaste...

—No le pido perdón. No se lo pido a nadie. Sólo quiero que me dejen en paz. ¿Es mucho pedir, federal?

—No —negó lentamente Clint, poniéndose en pie y apartando su silla con un suspiro. Estaba pálido, y su piel brillaba por la transpiración—. Te voy a dejar como deseas. Si es que puede haber paz para un asesino... Selwyn nunca te hubiera hecho daño, muchacho. El no era de los que matan negros a palos. El era amigo de otros hombres de color, como lo soy yo. Tenemos incluso amigos *hippies* como tú. Sé que no es un mal ce tu clase ni de tu ideología. Sé que pregonáis amor y paz entre los hombres. Por eso me sorprende más este crimen estúpido y cruel. No es digno de un hombre que se cree defensor de los principios de una vida más fraterna y más limpia. Tú mismo ensuciaste así tus conceptos y ensuciaste los de tus camaradas. ¿Qué dirán ahora los diarios? Se volcarán gustosos sobre ti, y sobre la que tú vas a simbolizar para ellos. Serás el fracaso vivo y palpitante de muchas cosas hermosas en las que creen los jóvenes del mundo de hoy. Drogas, violencia, sangre... No, Forrest. Eso no es digno de un hombre que se dice inconformista, rebelde y diferente.

Malcolm bajó la cabeza. Hundió el rostro entre sus manos. Solamente se le oyó una imprecación sorda:

—Váyase de una maldita vez, polizonte. Y déjeme tranquilo. Quiero estar solo...

Clint se dispuso a darle ese gusto. En ese instante, justamente, sonaron voces en el acceso a la sala de interrogatorios. La voz de Hamilton sonó potente:

— ¡Eh, usted, deténgase, no entre así! ¡Escuche, es una orden...!

Quienquiera que fuese la persona requerida, no obedeció la interpelación del inspector federal. La puerta cedió. Entró alguien, como una exhalación. Se puso en pie, asombrado, Malcolm Forrest, y se revolvió Clint Smight.

— ¡Vanessa, no! —jadeó él, palideciendo.

— ¡Malcolm, oh, Malcolm! —gimió la mujer que acababa de entrar, ondeantes sus largos y lisos cabellos rubios, pendulando sus colgantes y collares, con ruido de metal.

— ¿Quién es ella? —indagó Smight, perplejo, volviéndose a Hamilton—. ¿Qué hace aquí?

—Vino para prestar declaración espontánea —habló, jadeando,

el inspector—. Se me escapó de repente, y vino hacia acá, cuando le dije que estaban interrogando a Forrest.

Los dos jóvenes se abrazaban. Malcolm murmuró, con voz tensa:

—No debiste venir aquí. Nunca debiste hacerlo, Vanessa...

—Malcolm, por Dios, ¿cómo has podido hacer eso por mí? —gemía ella.

—Cállate ahora, y vete de aquí. No sé de qué estás hablando... —apremió él.

—No, no puedo consentirlo —se volvió ella bruscamente hacia Clint Smight—. Deben soltar a Malcolm. El es inocente. Yo maté al agente federal.

CAPITULO V

— ¿Lo entiende usted, Clint?

—Me gustaría entenderlo, pero no está nada claro —confesó el federal, paseando por el despacho y contemplando, ceñudo, a la inmóvil muchacha acomodada en un asiento, frente a Hamilton— La joven Vanessa Merrill, ha confesado ser la asesina de Selwyn Smight.

—Es la verdad —dijo ella débilmente, sin levantar la cabeza.

—Usted ha oído a Malcolm Forrest cuando dijo eso. Lo negó categóricamente. Y es más, probó que él era el asesino, no usted.

—Mintió. Lo falseó todo. Quiere salvarme a mí, sacrificándose él.

— ¿No será al revés, y es usted quien está tratando de salvarle a él?

—Le juro que no —protestó Vanessa, poniéndose en pie de un salto, con ojos llameantes—. Maté a ese federal en mi apartamento. Se lo he referido mil veces. Yo sí tomé la droga ese día, por primera vez. Malcolm jamás la ha probado.

—Lo lamento, pero su afirmación no tiene mucha fuerza. Agentes nuestros han estado en su apartamento.

No hay ni un indicio de su pretendido crimen, ni una sola gota de sangre. En cambio, en casa de Malcolm hallamos sábanas manchadas de sangre, huellas del cuerpo, cinta como la utilizada para envolver el cadáver, bolsas de plástico para la ropa, como la utilizada para conservar el muerto y sumergirlo en el agua. La navaja es de él, tiene sus iniciales grabadas, y su hoja es la que causó esas heridas, según el forense...

—El lo hizo todo. Limpió mi apartamento, borró las huellas

comprometedoras, cambió lo que se había manchado... y me quitó la navaja que días atrás me había regalado.

—Todo eso suena a falso. Usted no pudo hacerlo. Una mujer no acuchilla a un hombre como Selwyn Smight.

—Estaba bajo los efectos de la droga, era una fiera...

— ¿Recuerda usted dónde le asestó las cuchilladas?

—En..., en el cuerpo. Cuello, pecho...

— ¿El lugar exacto de las mortales de necesidad?

—No..., no podría recordarlo. Todo está confuso. La droga, sus efectos... Ni siquiera supe que mataba a un hombre. Lo olvidé todo al volver en mí y verle allí, sangrando, ya difunto...

—Usted no recuerda nada —suspiró Clint—. En cambio, él lo puede repetir todo minuciosamente. No cae en contradicciones. ¿Espera que creamos su versión, y no la de él?

— ¡Yo digo la verdad! —clamó Vanessa, descompuesta—. ¡No pueden permitir que él pague por mí, que se culpe de algo que no hizo, solamente para que yo me libre de todo peligro!

—Eso es lo que usted dice. Evidentemente, ama a Forrest, y él a usted. ¿Cómo podemos admitir precisamente su versión y rechazar la de él, que es la que tiene más puntos sólidos?

—Pero, ¿es que no se dan cuenta de que él está fingiendo, de que se ha limitado a librarme de un cadáver, a fingirse culpable ante todos, y a apartarme a mí toda sospecha? ¿No ven claro su juego?

—Sólo vemos que fue sorprendido con el cuerpo, que en su pensión hay huellas de que el cuerpo estuvo realmente allí, y que usted, en su apartamento, nada tiene que haga suponer en absoluto que aquél fue el escenario del crimen. De modo, señorita Merrill, que si quiere ser usted quien libre a su amigo de toda acusación, deberá elegir una versión más plausible de los hechos, una que pueda convencernos realmente a todos, y que aleje toda posibilidad de imaginarla tratando de salvar a Forrest de lo insalvable. ¿Hasta hoy, dónde estuvo usted en estos días de investigaciones?

—En Oakland, con mi familia... Mi hermana y mi cuñado podrían decirle que llegué justamente la noche del crimen, alterada y febril...

—Preguntaremos a su hermana y a su cuñado, pero no creo que eso cambie las cosas. ¿Es su única familia la de Oakland?

—No, yo..., yo tengo a mi padre.

— ¿Su padre? ¿Aquí, en San Francisco?

—No. En Sausalito. Pero no nos tratamos.

— ¿Por qué no?

—El no comprende nuestra filosofía. Ni yo comprendo la suya. Somos incompatibles.

—Sí, ya veo. ¿Su hermana y su cuñado no?

—No, ellos son diferentes. Muy burgueses, pero bastante más comprensivos. Sé que mi padre anda algo enfermo. Sin embargo, no pienso ir a verle.

— ¿Rencorosa?

—Yo, no. El, sí. Mucho. No me recibiría bajo ningún pretexto.

— ¿El vive solo?

—Solo..., no —hubo turbación en la voz de Vanessa—. Es viudo. Pero tiene una... una dama a su lado. No se ha casado con ella. Teme que sólo le quiera por su dinero.

— ¿Es rico él?

—Sí, mucho. Rico, egoísta, intolerante...

—Es curioso. También los Forrest son ricos.

—También, sí. Malcolm y yo somos semejantes en muchas cosas. Quizá por eso nos sentimos mutuamente atraídos. Ni su familia ni la mía han sido nunca gran cosa para nosotros.

—Usted dijo que se drogó la noche del asesinato. ¿Utilizó LSD?

—Sí, por supuesto.

— ¿Quién se lo proporcionó?

—Oh, eso circula por todas partes. Si no lo compras, te lo regalan. Hay gente a la que le interesa regalarlo. Así se crean adictos. Luego, has de pagar lo que pidan. Es lo de siempre.

— ¿Qué efectos produce el LSD, una vez ingerido?

—Una euforia irresistible, una gran vitalidad, alegría... Luego, excitación, somnolencia, una sensación de paz, de benigno reposo... Y olvido, y oscuridad. Uno despierta abatido, sin recordar nada de cuanto hizo durante el período crítico del alucinógeno.

—Parece que, realmente, tomó LSD.

—Ya se lo dije. Y maté al federal —sus ojos brillaron esperanzados—. ¿De veras me cree ya?

—No. Lo siento. Solamente en lo relativo a la droga, aunque pudo leer esos síntomas en cualquier publicación. O alguien se lo

refirió.

—De modo que sigue empeñado en que culpen del crimen a ese muchacho inocente, a Malcolm Forrest...

—Está confeso y convicto de su crimen.

—Es inocente. Yo también he confesado, y no por eso admiten como buena mi declaración.

—Hay pruebas contra él. Evidencias, testimonios, de todo.

—Le repito que él quiso llevar el peso del asunto para evitarme complicaciones. Al verse descubierto, optó por cargar con toda la responsabilidad. Malcolm es muy noble, muy generoso con los demás...

—Posiblemente sea así, pero no podemos admitir su versión, a no ser que presente la prueba rotunda de que usted es la culpable, y no él.

—Selwyn Smight vino a verme a mí, me interrogó sobre los narcóticos, sobre un tal Don Hartman...

— ¿Don Hartman? ¿Quién es?

—Oh, un hombre singular en nuestro ambiente. Se hace llamar Míster Paz y pronuncia discursos en Russian Hill, para incitar a los *hippies* a la no violencia, a la paz.

—Un predicador que incita a los jóvenes... —meditó Smight—. ¿Le hizo preguntas sobre él Selwyn Smight?

—En efecto. Quería saber si, bajo todo eso, no se ocultaba en realidad algo más feo y mucho menos idealista, como un buen negocio de narcóticos, por cuenta de alguna organización que se enriquece con el tráfico de LSD.

— ¿Usted contestó a sus preguntas?

—Sí. Lo poco que sabía, se lo dije. Le hablé de Hartman, de su aspecto, con su alta chimenea del sombrero negro, su pelo rizado, su colgante en una oreja, su levita y su aire entre místico y exaltado.

— ¿Smight la amenazó, se puso violento con usted?

—Al final, sí. Cuando yo le decía no saber nada de nada, cuando negué que tomase drogas...

— ¿Y después...?

—Después, no sé. Al volver en mí, estaba bañado en sangre, muerto sobre mi cama, y mis *posters* aparecían manchados de sangre, lo mismo que la pared, que mis manos, que el suelo y las sábanas... —se aferró a sus brazos, con energía—. Ha de creermme.

Tiene que creerme. Yo lo hice ¡Yo lo hice!

—El caso contra Malcolm Forrest está en marcha ya, señorita Merrill. Lamento no poder tomar nota de sus confesiones. Al fiscal y al juez federal no se les pueden dar dos casos iguales, sino uno solo. Hoy por hoy, la versión de Forrest es la más convincente.

—Muy bien. Piense así, si quiere, y hará una gran injusticia —susurró Vanessa, retrocediendo, angustiada—. Ejecutarán a un inocente, y yo seguiré clamando durante toda mi vida la única verdad posible: que yo maté a Selwyn Smight. Pero, claro, todo eso a ustedes ¿qué puede importarles? Aparte de que el muerto sea un agente del FBI, por otro lado, el caso les es totalmente indiferente, un asunto más a resolver rutinariamente y no quieren complicarse la vida. El caso es dar un culpable a la opinión pública y a la Justicia, para quedar bien y salir del aprieto. ¿Qué más da ejecutar a un inocente o a una culpable, si el federal muerto no va a resucitar por ello, ni les preocupa gran cosa el aplicar el castigo a la persona que debe recibirlo?

Caminó hacia la salida del despacho, sin que nadie se lo impidiese. Vanessa parecía abatida, destrozada por la incredulidad de los federales hacia su confesión. Aún no había salido de la oficina, cuando sonó la voz de Clint, amargamente, y la obligó a detenerse:

— ¿Dice usted que el caso es para nosotros uno más, pura rutina policial? Señorita Merrill, usted tal vez ignora qué el hombre a quien mataron esa noche, el agente federal Selwyn Smight, era mi hermano...

Los ojos de ella se volvieron, dilatados y llenos de estupor, hacia Clint. Una expresión de horror, de incredulidad, asomaba a ellos. Vanessa fue incapaz de hablar, de hacer comentario alguno.

* * *

— ¿Satisfecho ya, Clint?

Smight asintió, pensativo, paseando por el pequeño dormitorio limpio y pulcro. Examinó, pensativo, los *posters* de la pared, sobre la cama individual. Luego, las baldosas, el papel lavable de las paredes...

—Todo parece en orden —comentó entre dientes—. No hay el

menor rastro...

—Ya se lo dije, Clint —suspiró Plummer, el inspector de Narcóticos—. Los muchachos examinaron esto minuciosamente. No encontraron nada en absoluto. Esa muchacha no hay duda de que ha mentado. Hamilton me contó lo de su confesión. Es un típico caso de sentimentalismo, de romántico amor abnegado. Quiere ser inculpada para salvarle a él.

—Es lo que yo pensé. Pero también me pregunto: ¿no podría ser cierto que él esté haciendo el mismo juego, para librarla a ella?

—La lógica nos dice que no. Hay huellas de sangre en su habitación de la pensión, guarda ropas ensangrentadas, fue sorprendido con el cadáver casi en alta mar... Demasiadas evidencias, ¿no es cierto?

—Sí, eso parece. Ella afirma que él limpió esto, que cambió ropas, *posters* e incluso los objetos de los que era difícil quitar la sangre.

—Demasiado perfecto, ¿no cree, Clint? Nadie lo hace tan perfectamente, tan minucioso... No hay duda. Aquí no se cometió el crimen.

Smight no contestó a eso. Estaba examinando dos de los *posters*, aquellos que correspondían a fotografías ampliadas de James Dean y Che Guevara. Las tocó con las yemas de sus dedos, pensativamente. El papel satinado nuevo, no tenía polvo siquiera. Observó los otros: Bob Dylan y Luther King. Los rozó. Retiró sus dedos levemente manchados con una fina película de polvillo blancuzco. Arrugó el ceño. Caminó hacia la ventana de la habitación. Miró abajo, a la calle empinada de los inicios de Russian Hill.

Había una vieja casa de piedra a poca distancia, en situación de derribo. Excavadoras y grúas se hallaban allí, y habían comenzado ya algunas fechas antes a derrumbar el edificio. Observó que era piedra gris y blanquecina. Un polvo tenue subía de las obras.

Paseó, meditando seriamente. Su superior, Plummer, le estudiaba intrigado.

—¿Algo especial, Clint? —preguntó el inspector federal.

—Posiblemente, sí —asintió él—. Esos dos *posters* pudo cambiarlos alguien, no hace mucho. Aún no ha dado tiempo a que se forme sobre ellos esa película de polvo blanco de la casa en

derribo de ahí enfrente...

—Ella pudo comprarlos más recientemente, ¿no?

—Tal vez. Pero insistió en que dos de los *posters* se mancharon de sangre. Es posible que fuese así y se cambiaran por otros nuevos, procedentes de otro lugar. Vayamos a la pensión de Forrest, por favor.

Salieron del modesto apartamento de Vanessa, para encaminarse a la habitación de Forrest, igualmente humilde, en una pensión de tipo medio de Russian Hill. Plummer le mostró en seguida la cama del joven.

—Vea eso —dijo—. No hay sábanas. Las utilizó para envolver el cuerpo. Es una buena prueba, ¿no?

Clint se encogió de hombros, sin contestar. Estaba mirando los *posters* en el muro.

Vio a Marilyn Monroe, a Mao Tsé Tung, a Kennedy, a Joan Baez, a King... No descubrió por parte alguna señal de Guevara o de James Dean. Observó que todos los *posters* habían sido fijados con chinchetas color amarillo, solamente dos *posters* aparecían con chinchetas azules: uno de Mao y otro de Kennedy. Fue a un mueble donde Malcolm tenía libros, licor y discos. Encontró una cajita de chinchetas. Eran azules.

Volvió a la pared, cuidadosamente observado por el inspector Plummer. Levantó los dos *posters* de chinchetas azules. Observó el recuadro sin decolorar, bajo los mismos. Uno se adaptaba perfectamente a la forma del retrato de Mao. El otro, el de Kennedy, no coincidía con el recuadro interior, que era más apaisado, menos ancho.

—Más o menos, como el *póster* de James Dean —reflexionó en voz baja Clint.

—¿Decía usted, Clint? —se interesó Plummer.

—No, nada —sacudió la cabeza, pensativo—. Puedo estar equivocado, la verdad, pero el asunto no está claro.

Encontró bolsas de plástico para guardarropa, idénticas a la que envolvía el cuerpo de su hermano, rescatado del agua. Y un rollo de cinta de goma, igual a la utilizada para ligar el macabro envoltorio.

Las ropas manchadas de sangre estaban ya en poder del juez federal, como pruebas imprescindibles en el proceso a Malcolm Forrest, pero aun así, dio con un pañuelo empapado en sangre,

oculto en un cajón de su armario, bajo unos libros. La sangre seca, oscura, hacía un siniestro efecto en el tejido blanco.

Clint apretó con furia aquel pañuelo. Con furia y con cierta ternura a la vez... Era sangre de su hermano. Sangre de Selwyn... Sangre propia.

De las heridas de Malcolm en la manifestación *hippy* no había nada en casa, porque él mismo confesó que le habían curado unos amigos, en un local donde se reunían habitualmente, y no pasó por su casa hasta estar totalmente bien de sus heridas y cortes. Entonces, siempre según Forrest, tuvo lugar la visita de Smight y el crimen...

—Vamos —dijo al fin—. Creo que ya está visto todo... Echó una ojeada a un disco de Denotan, *Hurdy Gurdy Man*. Silbó la melodía entre dientes, de modo mecánico, abandonar la casa. Conocía la canción:

*Hurdy, gurdy, hurdy gurdy,
hurdy gurdy, gurdy he sang...*

Salió a Russian Hill con el inspector Plummer. Como gran parte de la ciudad de San Francisco, numerosos melenudos, jóvenes con indumentaria *hippy*, muchachas con pantalones de brillantes colores y flores pintadas en sus rostros, se cruzaron con ellos por doquier.

Clint Smight se preguntó cómo era posible que aquellos rebeldes que basaban su protesta en la paz, en el amor y en la no violencia, hubiesen sido responsables de la muerte de su hermano, brutalmente acuchillado. Forrest o Vanessa, ella o él..., ¿qué más daba? Eran dos jóvenes independientes e inadaptados. Pedían utopías un mundo caótico y violento. Y ellos mismos destruían una hermosa filosofía, cometiendo un vulgar asesinato, un acto de la peor y más brutal de todas las violencias.

Se preguntó si eso podía tener sentido. Si realmente lo tenía, fuese él o fuese ella la mano ejecutora del crimen incalificable.

Hubiera querido odiarles a todos ellos, hubiera deseado sentirse cruel, vengativo. Y no podía. No podía, porque a veces no era necesario alinearse con los *hippies* para pensar como ellos. Quizá eran pocos en el mundo los que pensaban como él, pero no sería capaz de vengar a Selwyn en aquella juventud sorprendente y

decepcionada. Si acaso, únicamente esperaba que se hiciera justicia. Sólo eso... y era más que suficiente.

— ¿Volvemos a la oficina, Clint? —preguntó Plummer ya junto el automóvil oficial.

—Regrese usted, inspector. Yo voy a quedarme por aquí, a deambular un poco por entre esta gente...

— ¿Será prudente hacerlo? Si descubren que usted es del FBI, pueden querer jaleo, a causa del proceso anunciado contra Malcolm Forrest.

—No creo que hagan nada de eso, inspector —sonrió Clint, moviendo negativamente la cabeza—. Les conozco algo mejor que usted.

—También Selwyn les conocía. O creía conocerla Y ya ve lo que sucedió...

—No espero que se repita nada así. Déjeme solo, por favor, inspector. Tengo amigos en este ambiente.

— ¿Amigos? ¿De fiar?

—Espero que sí —rió Smight—. Uno de esos amigos es una mujer muy bella y atractiva y se llama Selena Wallach. Creo que iré a verla a su club.

— ¿Tiene algún local?

—Uno muy especial, muy psicodélico, como se dice ahora. Se llama el Freedom Club, y está en el Latin Quarter.

—Será como un hormiguero de gentes de esa especie ¿no?

— *¿Hippies?* Sí, van muchos por allí. Supongo que también Malcolm y Vanessa habrán ido allí con alguna frecuencia...

—Ande con mucho cuidado, Clint. No estoy muy conforme en que usted lleve este asunto, y deje el de Oriente Medio a Warthon, pero Hamilton lo decidió así a petición suya, y no quise discutirlo. Aparte de que sea hermano de Selwyn, y eso pueda influir mucho en su modo de llevar el caso, creo que mezclarse con esos jóvenes desharrapados puede representar un serio peligro.

—Yo, en cambio, no lo pienso así. Ya verá cómo sus temores son infundados. Hasta más tarde, inspector.

—Buena suerte, Clint. Y mucha cautela —fueron las últimas recomendaciones de Plummer, el inspector de Narcóticos, antes de ausentarse, al volante de su coche, en dirección a las oficinas de su organización en San Francisco.

Clint Smight hundió las manos en los bolsillos de su pantalón y echó a andar por Russian Hill, en dirección al Latin Quarter. Poco después, estaba mezclado con una gran cantidad de grupos de *hippies* de diversa y asombrosa indumentaria, muchos de los cuales le contemplaron con curiosidad o indiferencia, sentados en las aceras, en los escalones de acceso a algunos edificios o residencias, en torno a puestos de frutas o de cualquier otro alimento, y así hasta penetrar en el corazón del Latin Quarter, convertido en un auténtico hormiguero de jóvenes, de ambos sexos, con sus largas meleras, sus barbas o bigotes, sus pinturas en el rostro, siempre con formas y colores de flores decorativas, con los más extraños sombreros o tocados, con ropas desvaídas o bien llenas de colorido estridente, y casi por lo general, con sus pies descalzos sobre el asfalto de la urbe.

Captó retazos de conversaciones, de comentarios.

Muchos giraban en torno a las noticias de los diarios, que destacaban la acción policial contra Malcolm Forrest, acusado del asesinato de un federal, y confeso y convicto de tal delito.

Disimuladamente, escuchó los comentarios en torno al suceso. Eran muchos los que, leyendo en voz alta un diario, formaban a su alrededor un nutrido corro, de éste surgían espontáneamente los murmullos en torno a cualquier detalle del caso. Sobre todo, predominaba un criterio general: Forrest no podía ser culpable. Era demasiado pacifista, demasiado noble y honrado para cometer un crimen así.

Algunos pensaban que quería ser un mártir, otros que encubría a los auténticos culpables, y los más, estaban convencidos plenamente de que tal confesión había sido arrancada a golpes por parte de la policía, en una de las manifestaciones de su brutalidad.

Se hablaba de hacer una marcha hacia el edificio de FBI y hacia el City Hall, para protestar por ello, para llamar «nazis» y «verdugos» a los agentes de la ley, para proclamar a los cuatro vientos que un *hippy* jamás llegaría a la violencia, ni siquiera para defenderse a sí mismo de las amenazas de un policía.

Clint Smight se detuvo ante un pestañeo violento de luz azul y violeta, con intermitencias casi hipnóticas.

Sobre las letras de Freedom Club, unas manos fuertes rompían una cadena, de la que caía un ramillete de flores, todo ello en luces

de color parpadeante. La puerta iluminada con coloración violácea también, ofrecía a ambos lados unas lámparas antiguas propias de los años veinte, y el símbolo *hippy* del círculo con las rectas cruzadas en su interior, aparecía en ambas puertas de local.

Clint empujó esas puertas resueltamente.

Un estruendo de música le envolvió, en medio del cargado ambiente de humo y sudor del local. En un aparato estereofónico, Aretha Franklyn cantaba una pieza *soul*, con su estilo inconfundible.

Poco después terminaba la grabación, y era la voz de Otis Reading la que aparecía en el tocadiscos. Aquel santuario de la música *folk* y *soul*, aquel mundo *hippy*, envolvió a Clint totalmente. A pesar de que él no era uno de ellos, ni su indumentaria y aspecto podían hacerlo suponer así, nadie en absoluto se metió con él ni le miró críticamente. Allí, cada uno vivía su vida, sin preocuparse de los demás.

Era el clima donde se era dueño único de sí mismo, y no se preocupaba jamás del vecino, que a su vez era entero dueño de sus actos, sus gustos y sus aficiones.

—Hola, Clint —saludó la voz, junto a él—. ¿Por qué has venido aquí, precisamente ahora?

Se volvió despacio. Era ella.

Era Selena Wallach, naturalmente. La propietaria y directora del Freedom Club.

En sus bellos ojos verdes, no había en este momento la cordialidad ni el afecto de que siempre hiciera gala con él, en otras ocasiones.

Era como si le disgustara verle allí. Como si hubiera sido la última persona a quien hubiese querido ver en su local.

CAPITULO VI

—Buenas tardes, Selena —respondió él, calmoso, apoyándose en el mostrador alargado, curvado de forma, que cubría el fondo de la abigarrada sala neblinosa y estridente—. ¿Disgustada de verme?

—Sí, Clint —afirmó ella, tajante—. ¿Esperabas otra cosa?

—Creo que sí. ¿Hay motivo para ese disgusto?

—Lo hay. Se llama Malcolm Forrest.

—Yo tengo otro motivo muy diferente, Selena. Se llama Selwyn Smight.

—Lo sé, leí todo eso. De veras lo siento. Por eso no me gusta verte aquí. No es el amigo quien viene. Es el policía.

—El amigo es la persona. El policía, es la persona también. ¿Puede eso dividirse?

—Tú me entiendes. Sí, puede dividirse. Solamente éramos amigos tú y yo. Ahora, eres un policía que busca algo. Como lo era tu hermano. Lamenté su fin. Pero eso no me hace sentirme feliz por verte aquí.

— ¿Temas por tu clientela? —sonrió Clint, mirando alrededor, a las parejas *hippies* que se besaban, enlazados, o a los que escuchaban la música en estado estático.

—Temo por Malcolm, eso es todo.

— ¿Le conoces?

—Sí.

— ¿Amigo tuyo acaso?

—Aquí todos somos amigos.

—Debí imaginarlo. ¿Crees que es inocente?

—No creo nada. No quiero pensar. No deseo opinar Clint. Pero Malcolm es uno de nosotros. Odia la violencia. ¿Cómo iba a desencadenarla precisamente él?

—Pudo ser otra persona —sonrió Smight, distraído— Malcolm sería de los que protegen a alguien por simple lealtad, ¿no?

—No lo sé. Nunca se lo he preguntado. Tú has tenido mejores ocasiones para hacerlo así. ¿Por qué no se preguntas a él?

—Ya lo hice. Dice que él mató a Selwyn. Y Vanesa dice que fue ella.

—¿Vanessa? ¿Vanessa Merrill? —se asombró Selena.

—La misma, sí. ¿También la conoces?

—Nos conocemos casi todos. Sí, Vanessa viene a menudo por aquí. ¿Los dos confiesan ser culpables?

—Los dos. Y sin ayuda del otro. Se encubren mutuamente, o cosa parecida. Pero uno de ellos ha de ser culpable. Me gustaría saber cuál.

—Aquí no encontrarás esa respuesta. Para todos nosotros, ambos son inocentes.

—Ambos... —arrugó el ceño Clint. Luego, meneó cabeza de un lado a otro—. No, eso no puede ser. Uno de los dos, pero no ninguno. Tiene que haber un asesino. Selwyn investigaba sobre el LSD. Se ha convertido en un buen negocio aquí. Tú debes de saberlo.

—Yo sé muchas cosas. Lo que oigo a unos y a otros.

Pero eso no significa nada. No serviría para ayudar a la policía.

—Selwyn quería saber de dónde procede el LSD que se distribuye y vende entre los *hippies* de Russian Hill y del Latín Quarter. Interrogaba a Malcolm cuando éste le mató bajo los efectos de la droga.

—¿La droga? —ella se encogió de hombros—. Malcolm nunca vino drogado. Hablaba mal del LSD.

—¿Y Vanessa?

—También. Ambos opinaban igual, e incluso disuadían a otros para que no la tomaran.

—Pues uno de ellos se sintió ganado por la tentación. Tomó la droga.

—No puedo creerlo.

—Es lo que ellos mismos afirman. Ambos juran haberse drogado. Quizá uno miente, pero no los dos. Bajo los efectos del alucinógeno, fue muerto Selwyn por uno de ellos.

—Clint, no me gustaría ayudarte en ese asunto. Ve a otro lugar,

te lo ruego. En este caso, no puedo serte útil. Y tampoco me gustaría engañarte. Es más noble advertirte, para que no pierdas tu tiempo.

—Sí, eres muy honesta haciéndolo así —contempló con cierta ironía la alta figura de Selena, con aquel conjunto de brillante colorido, compuesto por unos pantalones hasta la corva, cubiertos enteramente de dibujos de brillante colorido, y una blusa de flores amarillas, rojas y blancas, anudada sobre su estómago desnudo. El cabello rojizo le caía liso, en una cascada vertical, a ambos lados de su rostro ovalado, atractivo, con un pequeño lunar en forma de florecilla, junto a los carnosos labios rojos. La mirada verde, centelleante, se mantenía fija en él, pero sin el aprecio y la ternura de otras veces.

—No me gustan las hipocresías —musitó ella, encogiéndose de hombros—. No es honrado actuar así, Clint, ni siquiera con quien no nos gusta en un momento, determinado.

—Había venido a preguntarte sobre un hombre llamado Don Hartman —suspiró Clint—. Supongo que también será un tema *tabú*.

— ¿Hartman? ¿Míster Paz?

—Sí, el mismo. Dicen que es una especie de predicador a lo *hippy*.

—Es un hombre de fácil palabra, muy persuasivo. Canta himnos de Joan Baez y de Bob Dylan, y habla a los jóvenes de las cosas que a ellos les gustan. ¿Eso constituye un delito federal acaso? No creo que sea un marxista ni un agitador profesional...

—Pero canta las excelencias de la droga, no sé si con música de Bob Dylan, de la Baez o de Chopin, Selena. Eso ya no está tan bien.

—Para los jóvenes, sí. Piensan que el LSD es una forma de evasión de una realidad que no les gusta. Eso es censurable, pero es su criterio. ¿Qué se puede hacer contra ello?

—Tal vez nada. Yo me pregunto si, realmente, Don Hartman canta las excelencias del narcótico por convicción y por fe, o bien porque ello forma parte de su negocio, como el charlatán de feria anuncia su mágico capilar o su tintura para todas las enfermedades.

—No sé —se evadió ella, seca—. Ya te dije que no puedo ayudarte en tus investigaciones, Clint.

—Don Hartman .no será también amigo tuyo...

—Don Hartman es apreciado por todos. Nadie hablará de el contigo, en cuanto sepan que eres un federal.

—No hablaré con nadie de Don Hartman... excepto con el propio Don Hartman.

—¿Cómo? ¿Quieres interrogarle a él?

—Interrogar... Ese es un feo término, Selena. No todo es inquisitivo en mi trabajo. Sencillamente, quiero dialogar, conversar... De ese modo, tal vez llegue a alguna conclusión positiva.

—Para terminar enviando a un *hippy*, sea quien sea, a la cámara de gas, ¿no es cierto, Clint?

—A veces eres particularmente desagradable, refiriéndote a ciertas cosas.

—De veras lo lamento. Pero la verdad nunca es agradable, sobre todo cuando gira en torno a la vida de un ser humano.

—Un ser humano que antes ya causó el fin de otro ser.

—Te dije que lamentaba eso. Pero no va a servirte de mucho manejar ese argumento con ellos —señaló a los jóvenes, a la multicolor y extraña masa *hippy* que les rodeaba.

—¿No vas a decirme dónde podría encontrar a Don Hartman? Creo que eso no perjudica a nadie, y me permite ganar algún tiempo, Selena.

Ella suspiró, inclinando su hermosa cabeza pelirroja. Los pechos enhiestos, desafiantes bajo su blusa anudada, no parecían llevar nada entre su forma erguida y el tejido de la blusa de florecillas.

—Ve a buscarle al Folk Song Bar. Está en South Street. No tiene pérdida. Casi siempre anda predicando por allí.

—Folk Song Bar... —repitió Clint, suspirando—. Gracias. Espero que cuando nos veamos de nuevo, la situación sea diferente... y tú también.

—Ojalá fuera así —le miró, profunda, con amargura—. Pero me temo que eso va a resultar muy difícil, Clint... Buenas tardes, y mucha suerte.

Clint hizo un gesto. Volvió a cruzar entre los *hippies*, mientras sonaba en el tocadiscos estereofónico una canción de The Mama's and the Papa's. La voz clara y bien timbrada de Mama Cass, se elevaba por encima de todas...

Clint Smight abandonó el Freedom Club. Unos ojos verdes,

tristes y pensativos, le siguieron a distancia.

* * *

Folk Song Bar.

Otro indescriptible recinto, entre psicodélico y delirante. Decoración *pop* en sus muros, ambiente *in* y todos los términos adecuados al estilo actualísimo, rabiosamente moderno. Colores violentos, juegos de espirales blancas y negras en las paredes y columnas, decoración fantástica, y una jaula de oro colgando en el centro de la sala, por medio de un fuerte cable y una polea. Dentro de la jaula, como una fiera de extraña zoología, una hembra rubia, espasmódica, de minifalda inverosímil, a nivel de su *slip*, se agitaba, en sacudidas vibrantes en tanto de sus labios escapaba la inevitable letra de la canción de Donovan:

*...Gazing with tranquility,
'twas then when
the hurdy gurdy man carne,
singing songs, songs of love.
Then, when the hurdy gurdy man carne,
singing songs of love.
Hurdy gurdy, hurdy gurdy,
hurdy gurdy, gurdy he sang,
hurdy gurdy, hurdy gurdy,
hurdy gurdy, gurdy he sang...*

Coreó entre dientes el pegadizo estribillo de *Hurdy Gurdy Man*. Se podía escuchar tan a menudo como *Jennifer Junniper*, del propio Donovan, o *Sueña conmigo un poco*, la canción de Mama Cass, la del disco con funda erótica, donde la rolliza desnudez de matrona de la buena cantante, se cubría simplemente de flores, provocando el escándalo de los puritanos.

Cruzó bajo la jaula Clint Smight, echando una mirada a la tigresa minifaldera aferrada a los barrotes dorados de la oscilante y extraña pista de actuaciones colgante.

Los jóvenes reían o coreaban la canción, otros escuchaban absortos su voz rota, y muchos acompañaban el ritmo con pasos y

movimientos de las curiosas danzas actuales, escasas en acción propiamente dicha, y apenas sin moverse uno de la baldosa que ocupe.

Cuando la rubia de las piernas desnudas terminó, jadeante y enrojecida, su *Hurdy Gurdy Man*, una salva de aplausos y silbidos acogió su actuación. Era incansable sin duda, porque ahora atacó con bastante acierto la famosa *Si yo fuera carpintero*, de Joan Baez.

Smight se detuvo junto a una barra circular, en torno a una gruesa columna central que se convertía en estanterías sin principio ni fin, con botellas de todo tipo alineadas en sus estantes.

—Brandy —pidió el federal, apoyándose en el mostrador, y contemplando a la muchacha rubia de la jaula dorada. Comentó entre dientes—: Lo hace bien la chica. ¿Quién es ella?

—Ivonne Martell —explicó el joven *barman* de larga melena, encogiéndose de hombros—. No es mala, pero las hay mejores. Sólo que la chica tiene buen tipo y le gusta lucirlo, metiéndose ahí a cantar lo que sabe. Pero en este local la clientela es de buena fe. Acepta todo de buen grado, y premia al intérprete generosamente. Usted no es precisamente un habitual... Sus cabellos son muy cortos y sus ropas tienen todo el aire de la burguesía más vulgar y convencional.

—Me temo que así es —sonrió Smight—. Mi trabajo me exige estos sacrificios. No puedo vestir como quiero ni ir a mi libre albedrío. Es la esclavitud de la sociedad, amigo mío.

—¿De veras le gusta frecuentar todo esto, pese a no ser como nosotros?

—Pues, sí, me gusta —asintió Clint, sinceramente—. Como me gusta que los demás hagan lo que les viene en gana. Dichosos ellos, los que pueden hacerlo. Creo que es un secreto anhelo de todo ser humano, que luego la vida, con sus prejuicios y sus exigencias, le prohíbe a uno.

—Ese es nuestro triunfo —declaró el *barman*, satisfecho—. Que no nos hemos dejado vencer. Nada nos está prohibido, ni a nada hemos renunciado, salvo a la hipocresía.

—Oí decir eso mismo a alguien una vez —asintió Clint, meditativo—. Era un gran tipo, a quien siempre he sentido deseo de escuchar de nuevo, para felicitarle y poder hablar con él personalmente, si es que eso fuera posible.

— ¿Quién es esa persona? Aquí, todos decimos cosas parecidas, porque todos tenemos ideas semejantes y no nos importa expresarlas en voz alta.

—El hombre se llamaba Don... Don Hartman, creo. Pero le decían Míster Paz, o algo así.

—Don Hartman, Míster Paz —asintió el *barman* del Folk Song Bar—. Pues, entonces, el cielo le envió aquí, señor. Allí lo tiene, en carne y hueso. Más en hueso que en carne.

Rió su propio humorismo, al tiempo que señalaba a un punto de la sala. Clint giró la cabeza con aire curioso. Miró hacia una mesa. Le sorprendió ver al hombre.

Don Hartman, indudablemente, era un individuo especial. Además de predicador, amante de las drogas y todo eso, era un buen mujeriego. Y debía tener «gancho» o lo que fuese, porque hasta cinco muchachas le rodeaban, mientras el individuo, altísimo y muy huesudo, de flaco rostro barbudo, larga melena hirsuta y un inverosímil sombrero de copa, altísimo y negro, completaba su atavío. El rizado, crespo pelo, era una copia exacta del de Bob Dylan. Un arete solitario colgaba de una oreja suya, la derecha.

Descaradamente, él acariciaba los rostros de sus jóvenes amigas, con un aire entre paternal y lascivo, que recordó desagradablemente a Clint a un personaje mítico, lejano en el tiempo ya: Rasputín, con su poder en la corte rusa. A escala menor, éste parecía también un siniestro e influyente mujik entre la multitud *hippy*. Que, curiosamente, sólo era de muchachas atractivas, en lo referente a él.

No le gustó Don Hartman. Tenía ojos claros, muy azules, casi glaucos. Miraba con aire agnóstico a su alrededor, y sus movimientos eran pausados, fríos, estudiados. Todos, menos la forma de acariciar las rodillas de las chicas. Y lo que no eran las rodillas...

En ese momento, una salva de aplausos acogió el final de *Si yo fuera carpintero*, y la *sexy* rubia imitadora de la gran Joan Baez descendió de la jaula, entre clamores del público.

En su lugar, subió un grupo de muchachos con instrumentos eléctricos, y atacaron una pieza de Procol Harum, *Con su blanca palidez*. El número y los intérpretes no entusiasmaron esta vez con exceso a los clientes del Folk Song Bar.

Observó Clint la trayectoria de la muchacha de la cortísima minifalda, a través de la sala cargada de humo y de ambiente psicodélico. Directa hacia la mesa de Don Hartman, hacia su particular harén *hippy*.

—Hija, eres encantadora, magnífica —aseguró en voz alta él, brillante sus ojos azules fijos en la joven, con lo que podía parecerles a todos paternal entusiasmo, pero cuyo oculto sentido interpretó Clint con mucha menos claridad y buena fe—. Ven aquí, acomódate. Tu amigo leal, que te conducirá por los caminos maravillosos de la meditación trascendente, del alma psicodélica ideal, de la consagración a un mundo perfecto, maravilloso y sutil, como el de tu amor hacia los demás y hacia las canciones que con tal fuego interpretas...

Dócilmente, como si pudiera creerse toda aquella sarta de embustes y tonterías, enmascaramiento de una lascivia apenas disimulada en su rictus, en su gesto, en su mirada, la rubia Ivonne se acomodó donde él decía, igual que si fuese una auténtica criatura de pocos años, y él un amante padre o consejero espiritual. Sintió una invencible repugnancia hacia Don Hartman.

Súbitamente, notó que la mirada de éste se clavaba en él. Acaso fue algo instintivo por parte del pretendido Míster Paz, pero también lo fue por parte de Clint. Sintió un estremecimiento y una sensación desagradable, al enfrentarse con aquellos azules, fríos, calculadores ojos malévolos, que pretendían mirar con mansedumbre y dulzura a todos sus semejantes.

Rápido, Clint tomó su decisión. Avanzó hacia la mesa, resuelto. Las muchachas le miraron. Con indiferencia. Como si el joven federal, en vez de ser alto, rubio y atlético, un mozo con mucho éxito normalmente entre el bello sexo, fuese un ser alejado de sus gustos a una distancia de años-luz.

—Enhorabuena, Ivonne —saludó Clint, alzando su copa—. Ha sido una interpretación admirable. Eres una muchacha preciosa, y una artista notable. Mil felicidades.

—Gracias —ella le miró, asombrada—. ¿Usted entiende de esta clase de canciones, señor?

—Naturalmente que entiendo —sonrió Clint—. No soy un *hippy* en mi apariencia, pero estoy de acuerdo en muchas ideas de vuestra filosofía. Y de vuestra música y expresión. Solamente por eso estoy

aquí.

— ¿Seguro que sólo es por eso, señor? —la suave pregunta había surgido, fría, de labios de Don Hartman.

Los ojos azules le escudriñaban, tratando acaso de llegar al fondo de sus pensamientos.

—Sólo por eso, en efecto —chocó su mirada con la de Don Hartman, desafiante—. Conozco a mucha gente en el Latín Quarter, en Russian Hill, en muchas partes de San Francisco. ¿Lo duda usted acaso?

—No; ¿por qué había de dudarlo? —sonrió sardónicamente Hartman, contemplándole risueño—. Yo solamente soy uno más aquí, señor.

—Pues no lo parece —replicó vivamente Clint. Abarcó a las muchachas con un amplio gesto—. ¿Qué papel representa? ¿Harum-al-Raschid, o Rasputín?

—Ninguno de ellos. El uno era ambicioso y dictatorial. El otro, satánico y poderoso. No me gusta el poder, ni la ambición. Tampoco pretendo mandar sobre nadie.

Los dos hombres se medían antagónicamente. Era obvio que no simpatizaban. La mirada de Hartman era aguda, fría, penetrante. La de Clint, dura e inquisitiva. Ninguno se fiaba del otro excesivamente. Las chicas estaban completamente al margen. Como si asistieran curiosamente a un espectáculo cualquiera, ajeno a ellas.

Allá, al fondo, en la jaula de oro, los jóvenes cantaban ahora la representativa *San Francisco*, de Scott McKenzie. Su estilo y técnica seguían siendo deplorables, pero nadie se quejaba de ello, y menos aún se lo llegaban a reprochar.

Ivonne Martell se acercó a Clint y le tomó por un brazo.

—Ven, siéntate entre nosotros —invitó—. Nos gustan los amigos que nos comprenden, aunque no sean como nosotros, por prejuicios o por exigencias de su vida social.

—Invitas muy alocadamente a un extraño —recitó, meliflua, la voz de Don Hartman. Su expresión fue malévola, al fijarse en Clint—. ¿Te has parado a pensar, Ivonne, en quién pueda ser este caballero? Incluso sería posible que fuese un enemigo...

— ¿Un enemigo? —Ivonne rió burlona—. No tengo enemigos. Los *hippies* no admitimos enemistades con nadie.

—Pero ellos sí, Ivonne. No seas ingenua. Ese hombre tiene

aspecto de policía.

— ¿Policía? —se sobresaltó Ivonne. Miró a Clint, asombrada—. ¿Policía dijiste? Oh, no puede ser... Ellos no nos comprenden. Ellos sólo conocen la brutalidad represiva...

—A veces, su astucia les hace ser diferentes. Fingen amabilidad, simpatía, camaradería y cuanto sea preciso. Se mezclan con los demás... Luego, descargan su golpe. Como en el caso de Malcolm Forrest... ¿Habéis olvidado ya todos a Malcolm Forrest?

Estaba levantando la voz considerablemente. Hablaba con energía, con fuerza y con voz potente. Muchos giraron la cabeza, atraídos por sus palabras. Ivonne, todavía junto a Clint Smight, contempló a éste con asombro, de soslayo.

—No sabe lo que está diciendo —se encogió Clint de hombros—. ¿Sólo piensa en policías, Hartman?

—Desde que ellos cayeron como buitres sobre un gran chico como Malcolm Forrest, sí. Me obsesionan los policías. Quieren demolernos, desprestigiarnos, aplastarnos como sea. A ver, ¿por qué no enseña usted sus documentos de identificación? Vamos, demuestre que no es un policía, y crearemos en usted. Crearemos a pies juntillas, amigo, y será uno más entre nosotros. Pero debe demostrarlo sin lugar a dudas.

Clint respiró hondo. Hartman era muy astuto, muy desconfiado. Había sospechado desde el principio. Quizá porque tenía miedo, porque sabía que sus actividades eran vigiladas e investigadas. Ahora, ponía a Clint entre la espada y la pared, en su afán de desprestigiarle, de hundirle ante los demás *hippies*.

—Sí; ¿por qué no demuestras que eso no es cierto? —apoyó Ivonne—. Así Don no tendrá dudas, ni nosotros tampoco. Estoy segura de que puedo fiarme de ti, pero... será mejor que no nos quepa la menor reserva al respecto.

—Ya ha oído, señor —habló afable, sarcástico, Don Hartman—, Sólo eso. Muestre sus documentos, pruebe su profesión u oficio a todos, y ya no le haremos objeto de sospecha alguna. La policía nos cae particularmente antipática hoy en día. Tenemos motivos para ello: dos muchachos de color muertos a golpes, un joven intachable acusado de asesinato... y la prohibición oficial de manifestaciones pacíficas en la ciudad. ¿Le parece poco para que nos sintamos heridos y ofendidos?

—Comprendo muy bien esas razones, Pero, ¿por qué sospechar que yo sea un policía?

— ¿Por qué no sospecharlo? Su apariencia me resulta sospechosa. Es más, estoy seguro de que es un policía. Y si no, demuestre ahora mismo todo lo contrario. Estamos esperando...

Clint Smight miró a su alrededor. Un círculo silencioso, hermético, de jóvenes barbudos, de muchachas minifalderas, con numerosos collares, de gentes vestidas de mil colores y formas, hacían un estrecho cerco en torno. Nadie le miraba confiadamente. Había sospecha, tensión, recelo en el ambiente.

Ivonne no se soltaba de él. Clint la miró, con una breve sonrisa. Luego se irguió, sin desviar su mirada de Don Hartman. Lo arriesgó todo, en una fría, audaz respuesta dirigida a todos.

—No tengo nada que demostrar —replicó—. Están en lo cierto. Soy policía. Agente del FBI. Hermano del hombre a quien Malcolm Forrest ha confesado haber asesinado por sí mismo. Mi nombre es Clint. Clint Smight, de Narcóticos, Hartman. Usted entiende.

Tras la revelación, se mantuvo frío, erguido, impasible. Ivonne se soltó de él en el acto, y retrocedió, apartándose de su persona como si de repente él hubiese sufrido un ataque de alguna enfermedad virulenta y contagiosa.

El cerco de *hippies*, silencioso y hostil, reveló su antipatía, su preocupación, acaso un momentáneo ramalazo de odio, de ira, de revancha hacia él. Don Hartman se irguió, solemne, triunfal, brillando sus ojos azules como cuentas de vidrio.

—Lo sabía —musitó—. Lo sabía... Fuera de aquí, policía. Ensucia usted este ambiente sano y honesto. Lo contamina con su carga de odio, de crueldad, de incompreensión...

Su poder de persuasión estaba a tope. Los que le escuchaban creían en aquella fácil verborrea, solemne y teatral. Clint observó el peligro en derredor. Si todos caían sobre él, no sería fácil salir a salvo de tal acoso.

Por otro lado, pensó que no sería justo que los *hippies*, pacifistas y defensores de la no violencia, pudieran ser llevados al lado opuesto de sus convicciones, por culpa del astuto charlatán.

—Por ahora, usted gana, Hartman —dijo Clint serenamente, elevando su voz, muy clara, por encima del silencio reinante. En la jaula de oro, ni siquiera el conjunto musical había reanudado la

actuación—. Pero sólo es por ahora. Creo que está envenenando este ambiente con sus mentiras y su falsa filosofía. Está inculcando el vicio a una droga narcótica con la que usted y alguien más que usted encubre, harán su gran negocio.

»Por otro lado, se protege a sí mismo en este lugar, y pone como pantalla a unos muchachos limpios de conciencia y actitud. Respecto a Malcolm Forrest, sepa que se confesó autor del asesinato de mi hermano, pero también lo hizo así Vanessa Merrill. Uno de ellos es inocente, cuando menos, y quiere proteger al otro. Eso es lo que vine a averiguar. Sólo eso, Hartman. Quiero que pague el auténtico culpable, no uno cualquiera. Nadie obligó a Forrest para que confesase.

»Y sepa que la muerte de esos dos muchachos de color, ha sido para mí una infamia y una cobardía imperdonables, aunque fuesen hombres de la policía de San Francisco sus autores y responsables. Si del FBI depende, esos dos hombres serán juzgados y posiblemente expulsados de su Cuerpo.

»No les mentí en nada. Tengo amigos en su ambiente, y he respetado y estimado siempre a los jóvenes que no se conforman con las viejas estructuras. Porque creo que el mundo necesita renovarse mucho, si no quiere morir de viejo y de caduco.

»Pero los seres como usted, Hartman, por mucho que logren engañar a la gente de buena fe, terminan desenmascarados por aquellos que confiaron en ellos a ciegas. Yo sé que sucederá eso. Usted es sólo un degenerado erótico y ambicioso, que gana dinero con la droga, sirve a la organización que distribuye el LSD, y de paso aprovecha su falsa paternidad espiritual para abusar y manosear a jovencitas hermosas y confiadas como sus discípulas de ahora... Me da usted asco, Hartman. Aseo y desprecio.

— ¡Fuera de aquí, policía! —aulló Hartman, enfático, agitando sus brazos como un buen histrión en el momento culminante de la tragedia a representar—. ¡Fuera de este lugar limpio y honrado! Los tiranos, los que sojuzgan a nuestra juventud y a nuestros espíritus sanos e independientes, no pueden ensuciar un momento más este recinto.

—Hartman, no me va a ayudar usted en mi investigación, ni tampoco estos jóvenes mal orientados por sus mentiras de actor mediocre. Pero les aseguro a todos que no miento. Sólo quiero saber

si fue Vanessa Merrill o fue Malcolm Forrest el culpable. Mi mayor satisfacción sería que ninguno fuese culpable. Sólo que eso no es posible. No es posible en absoluto, y lo siento. Pero si hay un responsable de lo que de malo pueda hacer un *hippy* drogado, ese es usted, Hartman, con su repugnante negocio de la droga. A usted es a quien me gustaría ver entrar en la cámara de gas alguna vez...

Airadamente, dio media vuelta. Caminó hacia la salida, abriéndose paso entre los jóvenes que le miraban hostiles, desde sus rostros barbudos, bajo las largas melenas desordenadas.

Como él esperaba, ninguno le atacó, nadie trató de golpearle o hacerle daño, aunque se mostraron pasivos y tuvo que empujarles casi violentamente para abrirse paso a duras penas.

Ivonne le contemplaba con mirada profunda, sorprendida, con la que él cruzó su última ojeada, ya en la salida del Folk Song Bar, mientras Don Hartman alzaba sus escuálidos brazos al aire y clamaba:

—El Dios justo de los hombres que nada anhelan ni nada esperan, salvo la paz y el amor entre los seres, no: protegerá en lo sucesivo de los hombres como él... Y llegará el día en que los verdugos de la sociedad, sean a su vez ajusticiados...

Clint cerró de un portazo la salida del local.

CAPITULO VII

Kathy se quedó mirando largamente a su visita. Examinó su credencial en silencio. Luego, se hizo a un lado.

—Sí —musitó—. Pase usted. Yo soy la señora Dunn...

Clint Smight cruzó el umbral de la vivienda rodeada de jardines, en la zona residencial de Oakland. Allá, bajo una lámpara de pie, un hombre joven, fuerte y moreno, se puso en pie, dejando el diario que leía sobre el soporte de la lámpara, y tomando la pipa encendida en sus dedos.

— ¿Quién es, Kathy? —preguntó, sin excesivo interés—. ¿El empleado de la televisión?

—No, Ralph —respondió ella—. Es el señor Smight, del FBI.

— ¿Smight? —arrugó el ceño Ralph Dunn, con extrañeza—. Smight... Leí algo de ese nombre, hace poco, en ese diario...

—Era mi hermano, señor Dunn. Se refiere a Selwyn Smight, a quien mataron a navajazos en San Francisco, en uno de los barrios *hippy* de la ciudad.

—Oh, sí, ahora recuerdo... Ese muchacho, Forrest, el asesino convicto...

—Exacto —asintió Clint, en pie cerca de la puerta—. Yo soy Clint Smight.

—De veras lamento lo ocurrido a su hermano —habló Ralph, tendiéndole su ancha mano nervuda—. ¿Puedo saber lo que le trae por aquí, señor Smight?

—Creo... creo que ustedes saben quién es Malcolm Forrest, ¿no?

Ralph asintió despacio, con gesto grave. Sus ojos oscuros revelaban preocupación.

Kathy fue la que habló, con voz apagada.

—Lo sabemos muy bien, señor Smight... —señaló arriba, al techo—. Vanessa está ahí ahora. Es mi hermana, usted debe de saberlo. No cesa de llorar...

—Lo imagino fácilmente —suspiró Clint, sacudiendo la cabeza—. Todo es difícil y penoso en este maldito asunto, señora. Para ustedes y para mí.

—Bien, Vanessa, después de todo, es solamente la novia de ese chico —murmuró ella—. Usted ha perdido mucho más en este asunto...

—Señora Dunn, he venido a hablar con ustedes porque hubo de repente un factor extraño en el caso: ella se confesó autora del crimen.

— ¿Ella? —Ralph abrió enormemente los ojos—. ¡Esa chiquilla!... No le haga caso, por Dios. Evidentemente, quería salvar a Malcolm. Es una locura.

—Eso pensé yo. Todos los indicios acusan a Malcolm. Fue sorprendido con el cadáver lejos de Russian Hill..., y hay huellas del crimen en su pensión. En el apartamento de Vanessa no hay nada en absoluto.

—Tenía que ser así —se estremeció Kathy Dunn—. Vanessa jamás hubiera podido matar a un hombre con una navaja... ¡Qué horror! No tiene ni el valor ni la fuerza necesarios, señor Smight.

Le invitaba a sentarse, con un gesto. Clint lo hizo, frente a la lámpara de la salita. El diario que leía Ralph Dunn era el *San Francisco Sun*. Los titulares de las páginas eran los rituales en todas las publicaciones rotativas de aquellos días:

«El mito de la "no violencia" hippy.»

«El cerco policial se cierra en torno al caso Smight.»

«Es casi seguro que Malcolm Forrest vaya a la cámara de gas.»

—Sobre el valor y la fuerza, señora, hay mucho que hablar en este caso —recitó Clint, pensativo—. Tenga en cuenta que quien mató a mi hermano, lo hizo bajo los efectos del narcótico, de una droga alucinógena, el LSD. Por tanto, todo puede suceder en esas circunstancias. La droga reactiva a la persona, la hace más fuerte,

más audaz, más violenta que nunca. Puede matar, incluso sin darse cuenta de ello.

—Pero no pensará que Vanessa haya podido...

—Señora Dunn, voy a exponerle algunos hechos —sonrió Clint, gravemente—. Y también a usted, señor Dunn. He examinado a fondo los dos lugares. Estoy de acuerdo en algo; pudo ser limpiado el apartamento, cambiadas las sábanas, e incluso hay dos *posters* que debieron cambiarse recientemente. Todo ello, en el apartamento de Vanessa Merrill, su hermana. Yo me pregunto: ¿quiere eso decir que es Malcolm quien está haciendo de caballero andante en este caso, o es ella quien quiso ser la heroína romántica y sacrificada?

—Indudablemente, tuvo que ser ella —aseguró Ralph, el cufiado de Vanessa, rotundo—. No puedo imaginar a esa chica matando a nadie, por muy *hippy* que sea.

—Señor Dunn, quería hablarles sobre esa cuestión —habló Clint gravemente—. Ustedes recibieron aquí a Vanessa, la noche misma del crimen. ¿Por qué vino aquí ella, y por qué permaneció en su casa hasta presentarse y acusarse a sí misma? ¿Qué la impulsó a venir a casa de ustedes?

—No era la primera vez que sucedía eso —habló calmosa la señora Dunn—. Desde que Vanessa optó por ese movimiento juvenil filosófico, y dejó de modo definitivo a su padre, yéndose a vivir sola a San Francisco, han sido frecuentes sus visitas. Solamente con nosotros se relaciona, y a nosotros acude en sus apuros y problemas, para que se los solventemos o, al menos, la aconsejemos y confortemos.

—En esta ocasión, ¿qué pretexto dio ella?

—Ninguno especial. Dijo que había tenido un disgusto con unos muchachos amigos suyos, y que prefería ausentarse de su ámbito habitual durante unas fechas, para dejar que las cosas volvieran a su cauce.

— ¿Usted creyó esa excusa?

— ¿Por qué no? Tampoco era la primera vez que ocurría algo así. Y no creo que me estuviera mintiendo.

—La vería agitada, alterada, quizá impresionada por algo...

—Bien, eso es cierto —asintió ella—. Estaba impresionada, pero Vanessa es muy dada a sufrir disgustos y a demostrarlos claramente.

Su carácter es quebradizo, impresionable en alto grado. Conozco muy bien a mí hermana, señor Smight. Ella y yo nos hemos llevado siempre muy bien durante toda la vida, incluso después de casada. Ralph sabe que Vanessa, hoy en día, solamente me cuenta a mí como su familia, no a nuestro padre, en absoluto.

— ¿Por qué eso, señora Dunn? ¿Qué ocurre exactamente entre ella y su padre?

—Es una vieja historia ya. Papá es un hombre chapado a la antigua. Rico, duro e intransigente con las nuevas normas... Considera a la juventud actual como algo deplorable e indigno. Vanessa siempre tuvo ideas avanzadas en ese sentido. Ideas que su padre combatió cuanto pudo. Pero fracasó totalmente. Luego... luego enviudó y la cosa fue peor aún. Ahora está enfermo, es menos tolerante que nunca, y está lleno de prejuicios.

«Pero ha cometido un error: unirse a una mujer inadecuada para él, Leilah Kenton, una dama de mucha menos edad que él... y bastante liviana y provocativa.

«Ella terminó de separarles a ambos, porque le interesaba que fuese así. No se han casado, pero goza de todos los privilegios, como si fuese realmente la señora Merril. Odia a Vanessa, y ésta la desprecia cordialmente. La vida en común entre las dos sería imposible. Se fue, a pesar de que papá la amenazó con desheredarla. A Vanessa eso creo que le tiene perfectamente sin cuidado. Mi padre vivirá ya poco tiempo, pero sé que no ha cambiado en nada su testamento, pese a sus choques con Vanessa. Ella percibirá seguramente dos millones de dólares, estoy casi segura, cuando él deje de existir.

—Dos millones —silbó Clint entre dientes—. Mucho dinero para una *hippy*...

—Sin duda que lo será —rió Ralph Dunn, encendiendo de nuevo su pipa—. A Kathy y a mí nos donó un millón de dote al casarnos. El otro millón nos corresponderá también el día en que él desaparezca. Desde luego, no tenemos ninguna prisa en que ello ocurra. E imagino que Vanessa tampoco, pese a que no se lleve bien con su padre... Ella es independiente, tiene ideas renovadoras, pero en el fondo quiere a su padre y no desea ningún mal para él. Es una buena muchacha, esté seguro.

—Sí, creo que lo es —se frotó Smight el mentón—. Si al menos

estuviera seguro de que ella no es culpable... Señor Dunn, su esposa es hermana de ella y siempre verá las cosas de diferente modo. ¿Cómo vio usted, desapasionadamente, el estado de ánimo, la expresión de su cuñada, cuando ella vino a casa aquella noche?

—Bueno, no podría decirlo refiriéndome a aquella noche, porque yo, desgraciadamente, trabajo de noche en una importante empresa metalúrgica, y vuelvo a casa al amanecer. Pero al día siguiente, a la hora de la comida, vi a Vanessa, y aunque algo pálida y preocupada, me pareció poco más o menos como siempre. Kathy tuvo razón en lo que le dijo: ella es muy impresionable, eso es todo.

—Entonces, un crimen sangriento la hubiera impresionado mucho —meditó en voz alta Clint. Suspiró, poniéndose en pie—. Gracias por todo, señores Dunn.

—Fue un placer poder ayudarle, aunque no creo que le hayamos proporcionado nada de verdadera importancia —sonrió Kathy—. ¿Quiere hablar con Vanessa?

—No, es mejor que la dejen ahora descansar, llorar, o lo que quiera hacer. Ella insistiría en su historia de culpabilidad, estoy seguro. Mejor me acercaré a Sausalito.

—¿Sausalito? ¿A hablar quizá con... con...?

—Sí, señora Dunn. A hablar con su padre —estrechó cordialmente la fuerte mano de Ralph Dunn, besó cortés la de la esposa y abandonó la bella finca ajardinada de los Dunn, en Oakland.

* * *

Si bella y costosa, sin duda alguna, era la residencia de los Dunn en Oakland, suntuosa y rica era la de Duncan Merrill en Sausalito, en su mejor barrio residencial, con una alta cerca de ladrillos rojos, portón de hierro forjado, con un escudo de armas, en el que se leía la leyenda: *Merril. Courage and Fidelity*. Acaso el escudo de un apellido de origen británico, a juzgar por su león rampante, su corona y su campo de gules.

Dentro, frondas espléndidas, setos perfectamente recortados, sendas umbrías, macizos de flores, y ladridos de perros mastines en alguna parte, sin duda sujetos hasta que se les daba suelta por la noche, vigilando así celosamente la residencia.

Un mayordomo condujo a Clint Smight, tras recoger una tarjeta suya, a un gabinete confortable, en uno de cuyos butacones de cuero se hundió, en espera de ser recibido por el propietario de la finca.

Examinó la chimenea de estilo inglés, los grandes óleos de los muros, los paneles de madera, las espesas alfombras, los cortinajes de terciopelo y los muebles, clásicos y sólidos, en tonos oscuros.

Sonrió, al comparar todo aquello con el Latin Quarter de San Francisco, con la jaula de oro del Folk Song Bar, y con la indumentaria y gustos de Vanessa. Ciertamente, había algo irreconciliable en todo ello. Demasiado opuestos los gustos, las posturas ante la vida. Comprendía que Vanessa y su padre no coincidieran en nada. Ella se ahogaría en un lugar así. Su padre, moriría de apoplejía, si llegaba a verla en el Folk Song Bar o en el Freedom Club.

Apenas si transcurrieron diez minutos, antes de que un caballero alto, de cabellos entre rubios y canosos, de ojos graves y gesto amargo en su rostro pálido, estirado y frío, apareció en la entrada del gabinete. Vestía un batín de seda rojo oscuro, y pantalón gris impecable, sobre zapatos negros, de charol, lustrosos y pulcros.

— ¿Señor Smight? —le tendió una mano pálida, delgada, aristocrática, que Clint estrechó—. Mi mayordomo me dijo que es usted policía o algo así...

—Agente federal, sí —afirmó Clint, serio—. División de Narcóticos, con exactitud, señor Merrill.

—Narcóticos... —le contempló, perplejo—. Drogas y todo eso, ¿no es cierto?

—Sí, señor Merrill.

—Bien... ¿Qué tengo yo que ver en todo eso? —comentó el millonario—. Jamás en mi vida tuve nada que ver con el asunto de las drogas, puede creerme.

—Le creo, señor Merrill.

— ¿Entonces...?

—Ocurre que deseo hablar con usted sobre un crimen.

— ¡Un crimen! —el estupor del millonario iba en aumento—. ¿Seguro que no se equivocó de persona, señor Smight?

—Seguro que no..., si usted es el padre de Vanessa Merrill.

—Vanessa... —de repente, su rostro se nubló. Se puso tenso,

rígido. Sus ojos brillaron como dos trozos de metal, acerados y fríos. Respiró con fuerza. Luego inclinó la cabeza—. Es mi hija, sí. Pero como si no lo fuese. No hay trato alguno entre ambos.

—Lo sé. Pero eso no altera las cosas fundamentalmente.

—Usted habló de... de un crimen —la tensión se hizo mayor en su faz—. ¿Está mezclada, mi hija en eso?

—Aún no podemos saberlo, señor Merrill. Su prometido, un muchacho llamado Malcolm Forrest, sí está metido en ello hasta el cuello. Parece culpable a todas luces. Pero Vanessa afirma que él lo hace para encubriarla, y que ella es quien cometió el asesinato, sin advertirlo siquiera, bajo los efectos del LSD.

—Dios mío... —la figura del millonario se tambaleó. Cubrió el rostro, con mano temblorosa—. A lo que ha llegado esa muchacha... ¡Qué locura, Señor!...

—Quiero decirle algo, señor Merrill —habló Clint con seriedad—. No se trata del mundo en que vive. Ella está rodeada de gentes sanas de corazón que luchan contra el odio y la violencia. No aprendió allí ningún mal ejemplo.

— ¿Entonces, señor Smight? ¿Cómo se explica que una hija mía llegue a eso?

—La droga podría ser culpable. Hay muchos traficantes que se lucran engañando a esos muchachos sanos de corazón. Ellos creen de buena fe que la droga les apartará mejor del mundo en que se hallan, y que no desean compartir. Bajo ese alucinógeno, una persona deja de ser quien es y puede ser capaz de cualquier cosa, señor Merrill.

—Aunque ese fuera el caso, la culpa sería siempre de Vanessa. Ha caído demasiado bajo, señor Smight, diga usted lo que diga. Podrá usted ser policía, pero en absoluto está capacitado para juzgar a mi hija benévolamente y disculparla si fue culpable realmente. Piense por un momento en la familia de la víctima de ese crimen. ¿Qué cree que opinarían ellos de la persona que mató a otra?

—Yo soy esa familia, señor Merrill —aseguró, calmoso, Clint—. Era mi hermano. Otro policía federal.

Duncan Merrill se quedó sin saber qué decir. Aturdido, miró a Clint con asombro. Luego, se frotó el mentón.

—No le entiendo, entonces. No tengo su capacidad de disculpa o

de comprensión, lo lamento. Yo acuso con todas mis fuerzas a mi hija. Si es culpable, deberá pagar su delito y yo no estaré allí para ayudarla en nada. Si es inocente, sólo por estar mezclada en un hecho tan terrible, y tener relaciones con un joven asesino, merece mi repulsa y mi olvido. Sí, mi olvido. Trataré de no recordar jamás que tuve una hija llamada Vanessa. ¿Puedo ayudarle a usted en algo, señor Smight?

—No, a mí no —negó Clint—. Sólo esperaba qué ayudase a su hija...

—Lo siento. No moveré un dedo en ese sentido. Dígaselo a ella.

—Lo haré, si llega el caso —suspiró Smight—. Pero su actitud no es justa, señor Merrill. Nunca trató de comprenderla, de comprender a quienes piensan como ella...

—Son mundos opuestos. Y todavía sigo pensando que el suyo es un mundo desquiciado, loco y absurdo, y éste de aquí es el de las personas normales y sensatas. Allá ella con las consecuencias. ¿Algo más, señor Smight?

—No, señor Merrill. Simplemente, lamentar que no haya acuerdo entre ustedes, ahora que ella puede necesitarle más que nunca... Contra lo que usted diga, yo creo que hay más luz en aquel mundo que usted desprecia y no comprende. Creo que los jóvenes tienen derecho a elegir su camino y a rechazar lo que hasta hoy fue inamovible.

—Y entonces surge el vicio, el crimen, la violencia...

—Ahí está lo extraño de este asunto, señor Merrill. Que, por regla general, el vicio, el crimen y la violencia no son precisamente lo que priva en el mundo de nuestros jóvenes pacifistas y alegres de hoy... Eso es lo que me ha sorprendido desde un principio, y no logro entenderlo aún muy bien... Buenas tardes, señor Merrill...

Salió, inclinándose cortés. Duncan Merrill se quedó atrás, rígido y grave de expresión. Clint avanzó por la casa, hacia la salida. Antes de alcanzar ésta, oyó el siseo a su espalda. Se volvió.

—Era a usted, señor Smight —dijo la mujer—. Necesitaba hablarle... a solas.

Enarcó las cejas Clint. Le era desconocida aquella dama de pelo negro, bien maquillada, con una bata abierta a un lado, con un escote profundo sobre la canal de sus senos macizos. Pero imaginó fácilmente quién podía ser.

— ¿Leilah Kenton? —preguntó el federal, deteniéndose, y escudriñándola con aire intrigado.

—Sí, la misma —rió ella—. Puede considerarme como la señora Kenton, aunque nadie haya firmado legalmente la unión de Duncan y mía. El es así. No se fía de nadie.

— ¿Escuchó usted, acaso, nuestra conversación?

—Lo hice, sí. Cuando le oí decir lo de Narcóticos, creí desmayarme...

— ¿Por qué, señora? —la examinó, en guardia—. ¿Tiene algo que temer de mí?

—Usted sabe que sí. Engañó a Duncan. No ha venido sólo por Vanessa, lo sé. Vino por mi asunto...

Clint iba a replicar. Optó por considerar que era preferible sacar de mentira verdad, permaneciendo callado, expectante, a la espera de lo que ella añadiese, y dando a su rostro un aire inescrutable. Así ocurrió. .

—Usted sabe que yo tomo drogas... —musitó Leilah Kenton—. Ha venido a investigar mi vida, a vigilarme... Estoy segura, señor Smight... Dios mío, ¿cómo pudo saberlo? ¿Cómo averiguó que yo..., que yo adquiero drogas? ¿Ha capturado acaso al intermediario que...?

Se había acercado a Clint, patética, y le tomaba por los brazos, zarandeándole suavemente, implorando una explicación, algo que calmase su inquietud, su temor.

—Señora Kenton, le aseguro que nada sé de sus aficiones a los narcóticos —dijo, muy seco—. Pero ciertamente, si Duncan Merrill lo supiera, creo que no sería tan ligero en hablar de su hija y condenarla como si fuese la única persona culpable del mundo...

Se desprendió de la dama, con cierta brusquedad, y siguió adelante, camino de la salida, en tanto que a su espalda, la dama que convivía con Duncan Merrill, estallaba en un apagado llanto estremecido.

* * *

—No fue muy productivo su viaje al mundo *hippy*, y tampoco a Oakland y Sausalito, Clint —sonrió el inspector Plummer, de Narcóticos.

—No, ciertamente —convino Clint—. Aunque la verdad es que tampoco esperaba demasiado de todo ello...

— ¿Por qué fue allí, en realidad? ¿Esperaba conseguir algo concreto, algo positivo, que le diera luz en el caso?

—Si he de serle, sincero, esperaba justamente lo que conseguí. Apenas nada.

— ¿Entonces...?

—Solamente busqué comprobar ciertas cosas en torno a Vanessa Merril. Creo que lo logré en parte.

— ¿Eso le ayudará en el asunto de la LSD y de la muerte de Selwyn?

—No puedo estar muy seguro sobre eso... Lo que sé ahora, es que conozco mejor a Vanessa Merril.

— ¿Y...?

—Y puede que sea inocente.

—No es nada nuevo. Siempre he creído que esa muchacha no era culpable. A mi juicio, no hay misterio alguno en todo esto. Malcolm Forrest fue siempre el asesino, y ni siquiera intentó defender a nadie. Se limitó a acusarse a sí mismo. Ella, la chica, es quien intentó salvar a su enamorado, acusándose a sí misma. Un impulso muy loable, pero muy torpe a la vez.

—Inspector, ¿usted olvida el polvillo blanco del edificio en derribo, el póster de diferente tamaño, las chinchetas de otro color...?

— ¿Cómo? —Plummer le miró, pensativo, sorprendido—. ¿Qué quiere decir con eso?

—No, nada... —Clint se encogió de hombros—. No podría decírselo, porque yo tampoco lo sé, a ciencia cierta.

—En resumen, ¿qué piensa hacer ahora?

—Es otra de las cosas que ignoro. Me pregunto si no ocurrirá algo que me dé un nuevo camino, una pista, un rastro, el que sea, para continuar en alguna dirección...

Acaso fue un presagio. O tal vez solamente una casualidad. Pero el teléfono sonó bruscamente. Plummer dirigió su brazo al mismo, y descolgó el aparato.

— ¿Qué hay? —preguntó—. Sí, Narcóticos; FBI. ¿Quién?... Un momento. Smight, para usted.

— ¿Para mí? —sorprendido, Clint tomó el teléfono. Preguntó—:

¿Quién llama? Soy Clint Smight, de Narcóticos...

—Señor Smight, tal vez no conozca mi voz por teléfono. Soy Kathy... Kathy Dunn.

—Ah, señora Dunn —se intrigó Clint, interesado—. ¿Alguna novedad?

—Quería hablar con usted, eso es todo. Estoy sola en casa. Ralph fue ya al trabajo, a la Californian Steel Amalgamated Co., y me dejó sola aquí.

— ¿Con Vanessa?

—No, sola. De eso quería hablarle. Vanessa volvió a Frisco hoy, con urgencia.

—Entiendo.

—No, no entiende. De eso quiero hablarle. Quiero saber si es cierto lo que me dijo, o se trata simplemente de una mentira más.

— ¿Qué le dijo ella?

—Iba a ver a Malcolm, según me confesó.

— ¿Malcolm? ¿Malcolm Forrest?

—Sí, claro. No hay otro...

—Es difícil que eso sea cierto. A estas horas... Además, a Forrest le han pasado ya a jurisdicción del juez federal. No se le permite recibir visitas.

—Entonces, Vanessa me engañó en eso. La telefonearon desde San Francisco. Dice que Malcolm había salido bajo fianza, e iban a verse esta noche...

— ¿Bajo fianza un sospechoso de homicidio en primer grado en la persona de un agente federal, estando además confeso y convicto de su delito? Imposible, señora Dunn.

—Pues es lo que ella afirmó. La vi acicalarse, vestirse sus mejores ropas..., de esas *hippies* que ella lleva. Fingió tan bien, que me pareció incluso cierto...

—Pues la engañó, señora —cortó Clint, secamente—. Malcolm sigue preso. Buscaré a Vanessa donde sea, no se preocupe. Si lleva algo entre manos, no se saldrá con la suya. Pero no tema. Cuidaré de ella como si fuese el ser más inocente del mundo...

—Gracias, señor Smight. Se lo tendré toda la vida en cuenta. Perdóneme si le molesté.

—Por el contrario, hizo muy bien en llamarme —colgó el teléfono y miró a su superior con aire hosco—. Parece que esa chica

hace otra de las tuyas. Vamos a ver hasta dónde llega esta vez...

— ¿Necesita ayuda, Clint?

—No. Creo que me bastaré yo solo para encontrar a esa chica, sea donde sea...

Estuvo muy acertado Clint en ese presagio. Dio con Vanessa más pronto de lo que había imaginado. Justamente en el primer lugar adonde fue. En compañía de una deliciosa pelirroja llamada Selena Wallach. E un lugar llamado Freedom Club.

CAPITULO VIII

—Vaya... Ya tenemos aquí de nuevo al sabueso del Gobierno...

Selena le contempló con sarcasmo. Vanessa, con amargura y decepción. Clint se limitó a quedarse ante la barra del local, donde ambas mujeres charlaban, con el mostrador y una copa de brandy por medio, con un vaso de soda y hielo.

—Ya la encontré —dijo Smight, sentándose junto a Vanessa, y haciendo caso omiso de Selena—. ¿Qué mosca le picó esta vez, para venir a San Francisco a estas horas de la noche, con un pretexto tan burdo para engañar a su hermana Kathy?

Vanessa Merrill le contempló aturdida. Luego, jugueteó con su copa.

—De modo que mi hermana se lo dijo —habló—. Fue ella, ¿no?

—Lo más prudente era hacer eso, ¿no? A ella le chocó que Malcolm pudiera estar en libertad condicional, por eso llamó al FBI.

—Más me chocó a mí —replicó ella, airada—. Me gustaría saber de quién fue la broma estúpida y sin gracia...

—¿Broma? —Clint la examinó, pensativo—. ¿Usted es la que dice eso, Vanessa?

—¿Quién lo va a decir, si no? —se quejó ella—. Me llaman de San Francisco, me dicen que Malcolm está libre, que se halla bajo fianza, y me espera en un lugar del Latín Quarter...

—¿En el Folk Song Bar?

—Sí —se asombró Vanessa—. ¿Cómo lo supo? ¿Es usted el autor de esa broma que...?

—No, claro que no. No sé nada de eso. Fue pura deducción. Siga. ¿Qué más hubo?

—Malcolm me esperaba allí entre nueve y once. Quería verme

urgentemente. Era muy importante. Yo me vine a San Francisco en seguida.

—Son las diez y diez —dijo Clint, mirando su reloj—. ¿Ya estuvo allí?

—Cielos, no —negó Vanessa—. ¿Para qué iba a ir, si mi amiga Ivonne me dijo que eso no era cierto, que él seguía encarcelado como siempre?

— ¿Quién le dijo eso? —se interesó vivamente Clint, echándose hacia delante.

—Ivonne. Ivonne Martell, una chica canadiense, amiga mía... Trabaja en ese club.

—Sí, ya sabía eso. ¿Ella le dijo que Malcolm seguía preso?

—Exacto. Me pareció asombroso, de modo que llamé a la central del FBI, y me confirmaron la noticia. En vista de ello, me quedé aquí, con Selena...

—Yo soy la buena samaritana —rió la pelirroja, guiñando un ojo a Clint—. Doy de beber al sediento, ¿sabes? Ella está aquí desde las ocho y media. Y a fe que tenía sed. Este es ya el quinto brandy que le sirvo...

—No le pongas más —cortó Clint, tajante. Un surco de preocupación aparecía entre sus cejas—. Voy a visitar otra vez el Folk Song Bar. Si usted dijo la verdad, Vanessa, espero que Ivonne la confirme. Pero debió imaginar, si realmente le hicieron esa llamada a Oakland, que tenía que ser forzosamente falsa. Un reo de asesinato en primer grado jamás recibe la gracia de una libertad condicional. Y menos si es por la ley federal...

Se encaminó apresuradamente hacia la salida. Selena, irónica, le gritó:

— ¡Eh, Clint! ¿Ni siquiera haces una humilde consumición en mi negocio? —y ante su falta de respuesta, añadió, con un suspiro—: En fin, ¿qué hemos de hacerle? El siempre ha sido así, y nada puede cambiarle...

Vanessa, pensativa sobre su consumición, ni siquiera pareció oírla.

* * *

Ahora no actuaba nadie en la jaula dorada. Una gramola tocaba

algo de The Cream, un trío inglés muy del gusto de los *hippies*. Pero eso era todo. Había poca animación esa noche en el paraíso juvenil del Latín Quarter.

No vio a Ivonne Martell ni siquiera al rimbombante Don Hartman por parte alguna. En la barra circular, bebían unos cuantos *hippies*. Algunos le reconocieron y le dirigieron miradas de incertidumbre y de cierta hostilidad pasiva. No les hizo caso, y siguió adelante, cruzando el local a grandes zancadas.

Había unos reservados al fondo. Tampoco estaban muy animados. Algunos chicos y chicas se hacían liberalmente el amor, con absoluto desprecio a quien pudiera verles. Los dejó en sus expansiones, sin preocuparse tampoco de ellos. Volvió al mostrador.

—Busco a Ivonne Martell —dijo al *barman*, dejando un billete de cinco dólares sobre el mostrador—. ¿Dónde anda metida?

—Se fue a casa —dijo el *barman*, encogiéndose de hombros, como si el asunto no fuera de su incumbencia. Lo único que le interesaba era el dinero, porque los cinco dólares se habían evaporado con sorprendente celeridad—. La cosa no estaba hoy para bromas.

— ¿Por qué? —se interesó Clint Smight, pensativo—. ¿Sucedió algo especial aquí?

—La policía... Ese salvaje del capitán Peter Shaw... Hizo una buena redada. Y apaleó a todo el mundo a placer. Hartman se largó. Ivonne, también. No me extrañaría que algunos de mis clientes estuvieran en el hospital ahora, y bastante graves. Ese capitán de policía es un salvaje.

—Sí, es una de las cosas que deben desterrarse para siempre de nuestra sociedad —comentó Clint sordamente—. No se alcanza nada positivo con esa clase de violencias. Yo soy policía, todos lo sabéis. Pero desprecio y siento asco de la gente como Shaw.

—Si quiere encontrar a Hartman, vaya a su casa —dijo uno de los jóvenes *hippies*, con repentina cordialidad, volviéndose hacia él—. Vive en esta misma calle, al final, en un edificio de apartamentos. Ocupa el tercer piso, apartamento B-treinta y siete.

—Gracias —Clint se mostró sorprendido de la colaboración del joven melenudo—. Creí que no querían nada con la policía.

—Usted lo acaba de decir. Hay policías de diferentes clases. Creo que usted es muy diferente a Shaw. En cuanto a Hartman..., bueno,

parece que no iba descaminado el otro día. Ivonne nos ha dicho que oculta en casa grandes dosis de LSD. Y mucho dinero... Evidentemente, no es tan benefactor de la humanidad como hace creer él.

—Celebro que lo hayan descubierto, muchachos —rió Smight, camino de la salida—. Les veré más tarde...

Salíó del local, dirigiéndose a lo largo de la misma calle, hacia el edificio donde vivía Hartman. Mucho antes de llegar allí, se detuvo. Contempló, intrigado, los coches patrulla de la policía, sus luces rojas, giratorias, el revuelo de uniformes en las aceras, y la acumulación de *hippies* de todas clases, en torno al lugar.

Se identificó ante un oficial de policía, y éste le dejó paso. Clint, al cruzar junto a él, preguntó:

— ¿Qué es lo que ocurre? ¿Han venido a arrestar a Don Hartman?

— ¿Arrestar? —se asombró el agente—. ¿Desde cuándo se arresta a los muertos, señor?

Smight contempló con estupor al policía. Repitió, atónito:

— ¿Muerto? ¿Está muerto Don Hartman?

—Asesinado a navajazos, señor. Alguien vino a robarle algo. LSD y dinero, según parece... Hay droga y billetes dispersos por todas partes en el piso. Le acuchillaron con una navaja... Y fue una mujer, no hay duda.

— ¿Una... mujer? —se estremeció Clint, perplejo.

—Exacto, señor. Se ha comprobado eso por la media de seda que sirvió para atar a Hartman a una cama, antes de acuchillarle... y por el olor a perfume que hay dentro del apartamento de la víctima... También hay un tacón roto en el umbral. Alguien lo perdió al huir... y era una mujer, señor.

* * *

Vanessa Merrill palideció intensamente. Miró a Clint con gesto de horror.

— ¿Perfume de jazmines? —murmuró—. Sí, es el que uso yo, Smight... Huela mis cabellos...

Clint lo hizo. Era tenue, pero lo había notado ya antes. Asintió en silencio, y luego miró las piernas de Vanessa. Se inclinó.

Descaradamente, tocó sus medias hasta el muslo. Ella abrió mucho los ojos.

—Perdone —dijo el federal— No trato de acariciarla. Sólo tocaba sus medias. Nylon tostado. Talla cuatro. Marca «Liberty».

—Sí, ¿por qué dice eso? ¿Entiende usted de medias?

—Una igual sirvió para ligar a Don Hartman, antes de acuchillarlo a placer. Primero debieron derribarlo de un golpe. Luego, atado al lecho, no pudo evitar el ser acuchillado hasta morir.

—Dios mío... —Vanessa ocultó el rostro entre sus manos—. Dios mío, no...

—Lo siento. Así ocurrió. Ahora, falta otro detalle. Déjeme ver su calzado...

Lo miró. Tacón bajo, plano, ancho, con tapas negras. Se puso en pie, con un suspiro, y comentó con voz grave:

—Igual tacón..., pero color marrón. ¿Tiene zapatos marrón, Vanessa?

—Sí, claro. Marrón tabaco. Los dejé en casa... ¿Por qué pregunta eso?

—Hay un tacón idéntico a ese suyo de ahora, pero color marrón tabaco, en el lugar del crimen. Se le arrancó a alguien que huía tras el asesinato. Pudo ser usted. Utilizó una de sus medias, calzaba los zapatos marrón tabaco y perdió un tacón... Iba muy perfumada, y todo eso dejó huellas... El forense dijo que el crimen ocurrió entre nueve y diez.

— ¡Pero, Clint! —protestó, muy pálida, Selena Wallach—. Si ella está aquí desde las ocho y media al menos... y ni siquiera se movió para ir al lavabo...

— ¿Seguro? —preguntó Clint, tenso.

—Por completo. Lo puedo jurar, Clint. No me creerás perjura ni encubridora...

—No, es algo que no podría pensar nunca de ti, cariño —sonrió Clint a la bella pelirroja del Freedom Club—. En eso, tienes toda la razón, lo admito. De modo que la explicación ha de ser otra... Vanessa, usted ha tenido mucha suerte.

— ¿Suerte? ¿Por qué? —se asombró ella.

—Alguien ha degollado hoy brutalmente a Don Hartman, robándole una fortuna en LSD y en dinero. Todos los indicios señalan a una culpable: usted. Pero usted, en vez de ir al Folk Song

Bar, adonde fue citada, supo que era falso lo de Malcolm en libertad, y no acudió allá. Con eso, obtuvo lo que menos se podía suponer: coartada. Y esa coartada la libra de una acusación de homicidio en primer grado...

—Dios mío, ¿qué quiere decir? —gimió Vanessa, lívida.

—Pues que de no tener a Selenia y a sus empleados como testigos de su presencia aquí durante la hora crucial del crimen..., esta vez no habría ningún Malcolm Forrest que la sacara del lío...

Y ceñudo, con una expresión entre grave y exasperada en su rostro, Clint Smight abandonó el local, dejando a las dos mujeres con una enorme, inaudita expresión de estupor, de desconcierto y de miedo...

CAPITULO IX

— ¿Estás realmente decidida a eso, Vanessa? —preguntó Selena, dubitativa.

—Sí, querida —asintió la joven *hippy* amargamente—. Me quedo en la ciudad. No iré a casa de Kathy esta noche. Mañana dicen que empieza la vista preliminar contra Malcolm. Debo acudir allí, tratar de hacer algo por él...

— ¿Para acusarte otra vez de ese crimen? No lograrás nada, Vanessa...

—Debo hacerlo, pese a todo. Espero que terminen creyéndome. Malcolm no puede pagar por lo que no hizo.

—Vanessa, ¿seguro que fuiste tú la que mataste a Selwyn Smight?

—Lo juro, Selena. Hartman me hizo probar esa droga, la LSD. No sé lo que me ocurrió, pero perdí la noción de todo. Me visitó entonces ese federal, Selwyn Smight. Al volver a mi consciencia, él estaba muerto, desangrado, la puerta cerrada con llave. Y sólo hay una llave: la mía. ¿Quién podría abrir ese cuarto, sino yo? Malcolm mintió para pagar mi propio crimen. Y eso no es justo...

—Pero tampoco pueden culparte. No fuiste tú misma. La droga te cegó, te anuló...

—Aun así, no logro convencerles. Tienen a Malcolm, el muy tonto ha confesado, y ya no lo soltarán, estoy segura. Va a pagar por todos nosotros, como un símbolo de sacrificio.

—Vanessa, algo muy raro está ocurriendo en la ciudad. La muerte de Hartman esta noche, las pruebas contra ti... ¿Qué sucedería, si llegas a irte de mi casa? Serías culpable para todo el mundo...

—No sé por qué tuvo que suceder eso. Puede ser todo casual. Pero lo de Smight lo hice yo, Selena. Y tengo que convencerles a todos. Absolutamente a todos...

—Está bien, reposa ahora. Vendré a verte por la mañana, no temas —Selena abrió la puerta de su coche, y Vanessa descendió ante su vivienda de Russian Hill—. Buenas noches, Vanessa.

—Hasta mañana, amiga Selena. Y gracias por todo —estrechó su mano, emocionada, y la besó. Luego, al alejarse el coche de Selena, calle arriba, se sintió repentinamente muy sola, muy abandonada por todos. La muerte violenta e inexplicable de Hartman, había dejado el barrio desierto. Los *hippies*, perdida su alegría, se habían dispersado, retirándose antes de tiempo.

Vanessa Merrill tomó sus llaves. Abrió. Subió a su piso, y giró la llave correspondiente en la cerradura. Dio la luz y entró, cerrando presurosa tras de sí.

En el acto, un alarido terrible, desgarrador, brotó de su garganta. Retrocedió, convulsa, crispada, emitiendo un nuevo grito, con el rostro deformado por el pánico y la angustia.

Frente a ella, encima de su lecho, bajo los *posters* de brillante colorido, yacía el cuerpo de Ivonne Martell.

Cuando Vanessa quiso correr, abandonar la habitación y pedir auxilio a todo el mundo, la cortina situada junto a la puerta, la que cubría un closet con ropas y calzado, se alzó ligeramente. Lo justo para que emergiera un brazo armado. Un objeto contundente se abatió sobre ella, de forma violenta, seca, descargando el mazazo en su nuca.

Vanessa cayó inerte al suelo, junto a la puerta. Allí se quedó inmóvil, carente por completo de sentido...

Una figura se inclinó sobre ella, la de su agresor. Una bolsa de polvillo blanco se desgarró entre sus dedos enguantados. Abrió los labios de Vanessa. Volcó el polvo en su boca. Luego, tiró a la muchacha sobre el pavimento.

Momentos después, la puerta se abrió con una segunda llave, para cerrarse luego desde fuera, y Vanessa, inconsciente, se quedó en compañía del cadáver sangrante de su amiga Ivonne Martell, en la soledad y silencio terribles del apartamento de la muerte, bajo los *posters* de una juventud que luchaba contra la violencia, el odio y la sangre.

Clint Smight leyó el informe del capitán Shaw. Luego, tiró el escrito sobre la mesa de Plummer.

—Es ridículo —manifestó—. Vanessa acusada de homicidio en primer grado, en la persona de Ivonne Martell, amiga de la acusada... ¿Quién planeó algo tan grotesco?

—No hay nada planeado. Shaw acudió a una llamada de los vecinos, que vieron desde el patio luz en el apartamento, llamaron a Vanessa, y ella no respondió. Al descerrajar la puerta, se dieron de bruces con el espectáculo. Ivonne asesinada, Vanessa drogada, inconsciente. El análisis esta vez es positivo: una gran dosis de LSD. Está casi intoxicada. La puerta se había cerrado con llave. Solas las dos, Vanessa mató a Ivonne, es obvio. La llave estaba en el bolsillo de Vanessa...

—Después de morir Hartman, matan a la chica rubia... y Vanessa es culpable del segundo crimen, porque milagrosamente se salvó de sufrir las consecuencias del primero. Y también de la muerte de mi hermano, por la autoacusación de Malcolm... Curioso asunto éste, inspector.

— ¿Qué está pensando? No podemos rechazar a Shaw su caso. Tiene todas las pruebas.

—Es un disparate. Selena dejó en su casa a Vanessa. Ella subió a dormir. ¿Cómo entró allí Ivonne, y para qué fue?

—Tal vez las dos eran cómplices en la muerte de Hartman, y tenían que repartir sus beneficios. Drogada, Vanessa se cegó y mató a su amiga. Es lo que dice Shaw.

—Shaw es un policía inepto. Un imbécil cruel, que sólo sabe dar golpes —masculló Clint—. No tiene cerebro, ni espíritu, ni corazón...

—Pruebe eso, y gustosamente le ayudaré a que lo expulsen de la policía de esta ciudad —aseveró risueño Plummer—. Pero el caso parece sólido, dese cuenta de ello, Clint.

—Sólo lo parece. Aquí hay algo raro. En todo esto, desde la muerte de Selwyn hasta la de Ivonne... Es posible que Malcolm sólo haya querido defender a Vanessa pero en ese caso... ella no mató a ninguno de los tres.

—Es su teoría. ¿Puede probarla?

—Váyase al diablo —rezongó Clint, malhumorado, olvidándole incluso del respeto a su superior, y dando un fuerte portazo al salir.

* * *

Kathy Dunn, su marido Ralph, el viejo Duncan Merrill, su amigueta oficial, Leilah Kenton, y Selena Wallach se miraron entre sí, intrigados. Luego, todas las miradas se fijaron en Clint Smight, que parecía el anfitrión de la extraña y reducida fiesta, en el Freedom Club, sin un solo cliente más en toda la sala.

—Bueno, usted dirá por qué nos ha reunido a todos aquí, señor Smight —habló con altivez el viejo Merrill—. No le veo el menor objeto a esta especie de junta de familia con una señorita ajena a la cuestión...

Se refería sin duda a Selena, pero Clint sonrió, sin dar explicación alguna. Miró a los cuatro e informó, escueto:

—Les he traído aquí únicamente para conocer unas cuantas verdades y poder obrar en consecuencia. Una vez hecho esto, podrán irse todos tranquilamente. Supongo que ya saben que, aparte el proceso contra el joven Malcolm Forrest por asesinato, va a llevarse a cabo un proceso contra Vanessa Merrill, responsable de igual delito en la persona de Ivonne Martell, una joven canadiense que cantaba en la jaula de oro de un club *hippy* del Latín Quarter.

—Sí, hemos sido informados de todo eso —aseguró Kathy, llorosa—. Dios mío, ¿qué puede hacerse por Vanessa?

—No sabemos lo que su padre pensará al respecto, pero Kathy y yo pagaremos a los abogados que sean precisos, para defender a mi cuñada —aseguró tajante Ralph Dunn.

—Yo no moveré un dedo por ella —afirmó rotundo Merrill.

—Es su hija, señor —le recordó Clint—. ¿Eso no va a ablandarle en este trance?

—No, en absoluto —rechazó rotundamente Merrill,

—El hace bien —afirmó Leilah—. Esa muchacha es un peligro. Un ser lamentable para la sociedad...

—Señora, podríamos hablar mucho al respecto, sin llegar a un acuerdo —replicó Clint, irónico—. Hay muchas personas que son realmente un azote para la sociedad, no Vanessa, cuyo único delito

fue el de querer vivir aparte de toda hipocresía y formulismo.

— ¿Así le llama usted al hecho de cometer un crimen? —habló con dureza Merril.

—Es que Vanessa no cometió crimen alguno —respondió Clint, seco.

— ¿Cómo? —se asombró Ralph—. Pero si la televisión ha dicho que...

—Todo el mundo ha dicho que lo cometió. Es falso. El FBI sabemos la verdad. Vanessa fue atacada y drogada, cuando ya había muerto Ivonne. Luego, la misma llave duplicada de la suya, que fue la que sirvió al asesino para matar aquel día a Selwyn Smight, mi hermano, le valió para entrar en esta ocasión y para huir al fin, pensando que ya, definitivamente, el caso estaba arreglado.

—Eso será pura teoría, ¿no? —se sorprendió Ralph Dunn.

—No, señor Dunn. Es pura realidad.

— ¿Y... tienen pruebas?

—Tenemos pruebas, sí. Sabemos ya por qué Vanessa tenía que aparecer culpable de un crimen y ser ajusticiada. Falló una vez a causa de Malcolm, cuando todo estaba bien medido, pero no podía fallar con Don Hartman. Eso pensó el asesino, citándola con Malcolm, pero sin contar con que ella no iba a acudir a la cita, prefiriendo antes comprobar si Malcolm estaba libre. Una vez enterada de la falsedad, se quedó en este club, y tenía la coartada ideal. Entonces, el asesino, que la vigilaba de cerca, enfurecido, actuó contra Ivonne. Imagino que la llevó con un engaño a casa de Vanessa, abrió con la llave duplicada y la asesinó, esperando la vuelta de Vanessa para comprometerla, como ya antes quiso hacerlo con su calzado, sus medias y su perfume. Evidentemente, el culpable conocía bien a Vanessa y tenía acceso a todas sus cosas. ¿Pero por qué motivo todos esos crímenes, ese afán de culpar a Vanessa de ellos? Significaría la cámara de gas, la muerte para la muchacha... ¿Por qué desear la muerte de Vanessa? ¿Por odio? Entonces tenía que ser usted, señor Merril...

— ¿Yo? —se horrorizó el anciano—. ¿A mi propia hija? Soy duro, cruel si quiere, pero no soy un monstruo ni un malvado, señor Smight.

—Entonces..., ¿su amiga Leilah? Ella, que se droga, que es peor que cualquier *hippy* de los que ella maldice y que odia también a

Vanessa...

— ¡Está loco! —chilló ella—. Nunca haría daño a nadie, y menos de esa forma horrible.

—Entonces, si no es por odio, sería por dinero... ¿Dinero? Un buen motivo siempre... Pero Vanessa no tiene dinero. Ni un dólar. Ni quiere nada de su padre, ¿cierto?

—Cierto, sí —asintió fríamente Merrill—. Pero ella entraría en posesión de la herencia muy pronto... Yo, Smight..., estoy enfermo. Muy enfermo... Sufro cáncer... y no tengo ya mucha vida...

—Padre... —susurró Kathy, palideciendo.

—Lo siento, señor Merrill —dijo Clint con un suspiro—. De modo que ella sería dueña de dos millones de dólares... Dos millones que, al morir ejecutada ella, irían a parar a... Kathy Dunn, ¿no es cierto?

—Smight... —el horror de Kathy fue inmenso—. ¿No insinuará que yo..., que yo a mi hermana...? ¡Cielos, qué horror, no!...

—Señora Dunn, ustedes recibieron un millón de dote. ¿Dónde está ahora ese millón?

—Yo..., yo... Ralph lo administra. No se gastó apenas nada de él...

— ¿No? —Clint rió duramente entre dientes—. Señora, el FBI ha investigado eso en los Bancos donde tienen su cuenta común... El señor Ralph Dunn sacó tanto dinero ya, que apenas si quedan cincuenta mil dólares del millón...

— ¡Ralph! —ella se volvió, demudada, a su esposo—. ¿Eso es cierto, Ralph?

—No, no... —muy pálido, jadeó su marido—. El está en un error, querida... Un enorme error...

—Usted sabe que no, Dunn —cortó Clint con frialdad—. Dije lo cierto. El juego y las mujeres se llevaron el resto. Necesita dinero para especular y cubrir el fallo. Dinero de..., de su cuñada Vanessa. Tres millones le permitirían disfrazar el engaño, recuperar esos fondos con jugadas de Bolsa e inversiones... Y así lo hizo. Así lo planeó, Dunn.

— ¿Que..., qué trata de decir? ¿Es que se ha vuelto loco, para insinuar que yo...?

—Usted tenía acceso en su casa, al ir Vanessa a verles, para hacer duplicado de la llave, para robarle medias, para tomar perfume, para cualquier cosa semejante... Además, Dunn, he

preguntado a su empresa metalúrgica. ¿Por qué faltó usted la noche de la muerte de mi hermano al trabajo, y también esta última noche, la de los dos asesinatos?

—Es..., es mentira... —lívido, Ralph Dunn retrocedió, convulso.

—Creo que está cogido, Ralph Dunn. Lo siento por usted, señora. Por todos... Pero las vidas de Vanessa Merrill y de Malcolm Forrest valen mil veces más que la de ese perro asesino, cruel y despiadado, que todo lo hizo por un puñado de cientos de miles de dólares...Sí, creo que, efectivamente, vale mucho más salvar a esos dos jóvenes, que ninguna otra cosa que se pudiera hacer... Usted, Dunn, mató a mi hermano. Sólo por eso he seguido implacablemente este caso. Y sólo por eso, me siento feliz de que, al fin, el auténtico asesino pague sus culpas...

—No sabe lo que dice... —insistió Dunn, descompuesto—. Yo soy inocente. Nunca podrá probar ese horror. ..

—Podré, y usted lo sabe. Van a ser revisadas sus pertenencias, mientras a usted se le retiene aquí, bajo mi entera responsabilidad. Estoy seguro de que encontrarán lo que andamos buscando: la llave y todo lo demás. Eso bastará, junto con el testimonio bancario y su ausencia de coartada. Esta vez no hay remedio, Dunn. Y por usted, nadie va a sacrificar su propia piel, esté bien seguro de ello... No merece la pena...

En ese momento, Dunn se acusó a sí mismo. Lanzó un aullido, corrió al fondo de la sala, intentando inútilmente escapar. Clint se limitó a contemplarle, con fría sonrisa, mientras Kathy Dunn sollozaba ahogadamente.

Unos agentes uniformados, allá al fondo, emergieron de una cortina, capturando a la persona que huía. Ralph Dunn, forcejeando, fue reducido a la impotencia y esposado.

—Asunto terminado —suspiró Clint—. Gracias por acudir a mi llamada, señores. Gracias a todos...

Se encaminó lentamente a la salida del club. Merrill fue tras él, muy pálido.

—Espere, Smight —dijo—. ¿Qué puedo decirle yo ahora? Vanessa, mi hija...

—Vaya, ¿ya se acordó de que tiene hija?

—Ese perro... Casi me hizo odiarla al saberla capaz de tal cosa...

—Ahora ya sabe que ella es inocente. Que es mejor que mucha

gente de otras generaciones. Que no sólo hemos de confiar en esos jóvenes, sino pensar que en ellos está el futuro de nuestro mundo, y que no son tan malos como muchos de nosotros hemos sido en nuestra propia juventud... Ellos saben adónde van, saben lo que quieren... y eso es lo que importa.

— ¿Qué podría..., qué podría yo hacer para..., para que ella olvidase...?

—Nada. No haga nada, Merrill. Recíbala, simplemente, y bésela como a una hija que es. Eso bastará. Siempre bastó, y en eso, no hay ninguna juventud diferente, por mucho que los de otras generaciones piensen mal.

—Gracias, Smight. Gracias por todo...

—No tiene que dármelas. Tenía que hacer lo que he hecho. Por usted solamente, no. Ni por Vanessa, ni por Malcolm.

— ¿Por su hermano?

—Por él... y por la Justicia —suspiró Clint—. Sólo por eso, que ya es bastante...

Dejó a Merrill sumido en sus pensamientos. Salió a la calle. Respiró el aire de la noche de San Francisco, húmeda y tibia. Tras él, sonaron unos débiles pasos.

—Clint...

— ¿Sí, Selena? —preguntó, sin volverse.

—Clint, a veces eres maravilloso.

— ¿Sólo a veces?

—Oh, no seas odioso...

—Eres tú quien lo eres a veces. ¿Recuerdas mi otra visita anterior?

—Estaba equivocada. La policía ha llegado a ser algo temido aquí...

—Gente como el capitán Shaw tienen la culpa de eso. Creo que ahora sí lograré expulsarlo de San Francisco por inepto. Lo equivocó todo... Selena, no todos los policías somos iguales. No me gustan prejuicios. Yo no los tengo con nadie. Y mucho menos con los jóvenes de hoy. Aunque algo menos joven, también yo me siento de otra generación que aspira a lo mejor para su mundo y su gente. Por eso os admiro a todos...

—Clint, ¿podrás perdonarme?

—Claro —la miró—. Selena, estás muy atractiva esta noche.

—Gracias, Clint. ¿Aún te gusto, a pesar de todo?

—Me gustaste siempre, Selena. Lo único que ocurre, es que nunca te fiaste demasiado de mí.

—Creo que vivía en un error. Has hecho algo grande por Vanessa, por Malcolm, por todos nosotros, Clint.

—Lo celebro de veras, Selena. Este no fue un caso rutinario. No lo fue en ningún aspecto. Ni por Selwyn... ni por todos los demás. Era como defender un símbolo. Hubiera sido demoledor que Malcolm y Vanessa, dos símbolos hermosos de un mañana mejor... sufrieran la caída, ofreciesen la decepción a todos...

—Es verdad, Clint... ¡Ah, qué hermosa noche!

—Muy hermosa. ¿Paseamos, Selena?

—Iba a pedírtelo, Clint. Cerraré el local... y daremos un paseo. Un largo paseo.

—Sí, Selena. Respiremos aire mejor, más limpio... Te espero.

—Estaré en un momento, Clint.

Y con su mejor sonrisa, entró en el club.

Clint se quedó solo. Canturreó entre dientes algo que le vino a la memoria:

Roly poly, roly poly.

Roly poly ne sang.

Hurdy gurdy, hurdy gurdy...

Y siguió esperando a Selena.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)
PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS. Impreso en España

{1} Respectivamente, traducidos del inglés, los tres carteles dicen: “Paz y libertad”, “Abajo la violencia. Queremos paz. Paz para todos”, “Flores, amor y paz”.